



MEDICINA Y CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD. EL LEGADO DE LA DOCTORA ADÉLAÏDE HAUTVAL

MEDICINE AND CRIME AGAINST HUMANITY
DR. ADÉLAÏDE HAUTVAL'S LEGACY

EMILIA BEA

Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política
Campus dels Tarongers. Universitat de València
46071-Valencia (Spain)
ebea@uv.es

RESUMEN:

Palabras clave:

Resistencia, memoria,
ética médica,
experimentación
criminal,
deportación.

Recibido: 24/02/2016

Aceptado: 13/06/2016

En el trabajo se aborda el testimonio de la doctora alsaciana, Adélaïde Hautval, sobre la pseudomedicina practicada en el Lager y sobre su negativa a colaborar en el crimen contra la humanidad. A través de su diario de la deportación y de las actas de un peculiar *juicio a Auschwitz* celebrado en Londres en 1964, nos adentramos en los dilemas ético-profesionales que tuvieron que afrontar los médicos prisioneros en aquel escenario y que, en su caso, dieron lugar a acciones de resistencia ante la barbarie, de desobediencia a sus superiores y de solidaridad con las víctimas capaces de iluminar la actitud a tomar ante los dispositivos biopolíticos contemporáneos.

ABSTRACT:

Keywords:

resistance, memory,
medical ethics,
criminal experiments,
deportation.

This article approaches the testimony of the Alsatian psychiatrist Dr Adélaïde Hautval on the pseudo-medicine that was practiced in the Medical experimentation Block 10 of Auschwitz Birkenau, and on her refusal to take part in this crime against humanity. By reading her deportation diary and the acts of a peculiar judgment in Auschwitz that was celebrated in London in 1964, we are confronted with the ethical and professional dilemmas that doctors, who were themselves prisoners, had to face in this situation, and that incited them to resist inhumanity by acts, to disobey their superiors, and to be solidary with the victims. This attitude enlightens us on the course to follow in front of the bio-political policies of today.

1. Grandeza y miseria de los médicos en los campos de exterminio nazi

1.1. Memorias de la deportación

El presente trabajo reflexiona sobre algunos aspectos de la relación entre ética médica y derechos humanos partiendo del testimonio iluminador de una mujer casi desconocida: la doctora Adélaïde Hautval, psiquiatra alsaciana deportada a Auschwitz y Ravensbrück por solidarizarse con los judíos¹. El contexto de radical deshumanización en que ella vivió y escribió era la manifestación paroxística e imprevisible —y esperemos que irrepetible en su magnitud— de un biopoder que venía de muy atrás y que de algún modo sigue vigente en la actual cultura tecno-individualista regida por criterios de rentabilidad y de eficiencia a cualquier precio y por nuevas vías de control político sobre la actividad científica. Si en aquellos tiempos de oscuridad los médicos contribuyeron a conferir especificidad a la empresa genocida al tratar de justificarla científicamente y aportarle una tecnología, debemos preguntarnos por nuestras actuales complicidades con el desarrollo de una biopolítica «inmunitaria»² que sigue convirtiendo en procesos la vida humana, el cuerpo, el nacimiento, la salud y la muerte, y sigue viendo en la medicina una potente «téc-

nica política de intervención»³, con el riesgo siempre latente de establecer desde el poder una línea divisoria entre quienes deben vivir y quienes deben morir y de diseñar nuevas estrategias de regulación que acaben ligando la protección de la vida a su potencial negación.

Aunque era una persona muy discreta y reservada, que evitaba en lo posible la presencia pública, Adélaïde Hautval no rehúsa explicar su experiencia en el Lager cuando se le pide, y da a conocer sus notas de la deportación, tomadas en forma de diario y reelaboradas más de cuarenta años después de ser escritas, a través del libro *Médecine et crimes contre l'humanité*, publicado en 1991 (pasados tres años desde su muerte) y reeditado en 2006⁴. En 1972 ya había manifestado su temor a que la evolución de la medicina y de la ciencia nos llevara a reencontrar «bajo una forma más disfrazada al superhombre nazi que no da cuentas a nadie y que se cree dueño... por encima de Dios»⁵. La perplejidad ante una situación en que la esperanza de dominar los fenómenos de la vida parece ir de nuevo acompañada por la desvalorización de la muerte, unida a la angustia causada por las campañas negacionistas de los años ochenta, determinan su decisión de revisar y sacar a la luz el manuscrito compuesto en 1946. A la hora de la redacción definitiva del texto en 1987, tras expresar la dureza de volver sobre sus anotaciones personales escritas en bruto poco después de la liberación, la Dra. Hautval recuerda frases suyas del original en las que se refería a la imposibilidad de que los alemanes pudieran entrar en la comunidad humana hasta que dejaran de creerse seres superiores y se convirtieran en simples seres humanos. Desde su perspectiva, la reconciliación con la

1 Adélaïde Hautval (más conocida por el diminutivo Haïdi con el que firmaba frecuentemente) nació el 1 de enero de 1906 en Hohwald (Alsacia), la menor de los siete hijos del pastor Haas Hautval y de Sophie Lydie Kuntz. Estudió medicina en la Universidad de Estrasburgo donde se doctoró en psiquiatría con una tesis titulada: *Contribution à la localisation de troubles psychiques postcommotionnels*. (Thèses, Université de Strasbourg, ed. Libr. Universitaire d'Alsace, 1934). En la época de su detención trabajaba en el hospital psiquiátrico de Lannemezan (Altos Pirineos). Después de la guerra ejerció como médico escolar en Besançon y en la periferia norte de París. Tras la muerte de una amiga enferma, a la que había cuidado durante años, puso fin a su vida el 12 de octubre de 1988. Entre los reconocimientos y dedicatorias a su labor, además de la Orden de la Legión de Honor en 1945 y el título de Justa entre las Naciones en 1965, en su ciudad natal hay una fuente en memoria suya en la que aparece inscrita su divisa «Pense et agis selon les eaux claires de ton être» y su nombre ha sustituido —simbolizando dos visiones opuestas de la medicina— al de dos defensores de la eugenesia, en primer lugar en una calle de Estrasburgo (en sustitución del Premio Nobel de Medicina Alexis Carrel, nombrado por Pétain director de la Fundación Francesa para el Estudio de los Problemas Humanos) y recientemente, en mayo de 2015, en un hospital de Villiers-le-Bel, pequeña localidad a pocos kilómetros de París (en sustitución de Charles Richet, que fue presidente de la Sociedad francesa de eugenesia y autor del libro *La Sélection humaine* en el que defendía la eliminación de las «razas inferiores» y de los enfermos incurables).

2 Cfr. Esposito, R. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. trad. de A. García, Herder, Barcelona. 2009.

3 Sobre la relación contemporánea entre lo biológico y lo político y sobre el «biopoder», hay que remitir a los estudios pioneros de Georges Canguilhem y de Michel Foucault.

4 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité: témoignage manuscrit «Déportation»*, Actes Sud, París, 1991. (Prólogo de C. Ambroselli, presentación y epílogo de A. Postel-Vinay). Nueva edición: *Médecine et crimes contre l'humanité: Le refus d'un médecin, déporté à Auschwitz, de participer aux expériences médicales*, ed. du Félin, París, 2006, (presentación y epílogo de A. Postel-Vinay). En adelante, las referencias serán de esta segunda edición.

5 Citado por A. Postel-Vinay en la presentación de *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit. p. 10. La autora, que figura entre los 21 colaboradores del libro colectivo, dirigido por Kogon, E., Langbein, H. y Rückerl, A. *Les Chambres à gaz, secret d'État* (trad. del alemán de H. Rollet, Minuit, París 1984), afirma que A. Hautval también participó en la documentación de esta obra colectiva.

Alemania de entonces no resultaba factible pues el deseo sincero de paz sería visto por ellos como una prueba de debilidad. Pasadas cuatro décadas, confiesa que se trata de un «juicio apresurado que condena injustamente en bloque a todo un pueblo», aunque «explicable sin duda por todo lo que acabábamos de vivir»⁶. De lo que tenemos que ser bien conscientes, nos dice, es de que «el nacionalsocialismo no nació por generación espontánea»: «Es una síntesis diabólica, sistematizada, hipnotizadora y codificada, extraída de las aguas turbias de la naturaleza humana, presentes en cada uno de nosotros. Ha sabido explotar al máximo todas las xenofobias, la fuerza de las ideas recibidas, aceptadas como verdaderas porque todo un medio las comparte. Es difícil resistir a una intoxicación cotidiana de eslóganes, sobre todo cuando son pronunciados por el poder establecido, la autoridad suprema»⁷. Pero lo más preocupante, en la línea de lo apuntado, es constatar que «nuestra historia contemporánea demuestra hasta qué punto la ideología nazi permanece viva, en nosotros y a nuestro alrededor, y no espera más que una ocasión para salir a la luz y tomar el poder». El pesimismo reflejado en estas frases se proyecta en las que vienen a continuación: «El vencedor ha utilizado las mismas armas que el malhechor y las ha guardado..., mientras que existen armas de otra esencia eficaces de otro modo. ¿Cuándo tendrá nuestra humanidad la madurez necesaria para comprenderlo?»⁸.

¿Cuándo entenderemos, como ella misma dice, que las victorias en la guerra pueden no serlo en la paz y que quizá algún día tendremos que hablar de «criminales de paz»?⁹ La oposición a una criminalidad que venía impuesta hubiera podido funcionar en aquel terrible escenario como un potente revulsivo contra la lógica de exterminio si no hubiera sido tan minoritaria. En el contexto actual esta actitud por parte de Adélaïde Hautval, plasmada en toda una serie de gestos y actos de desobediencia que recorreremos a través de estas páginas, puede servirnos de ejemplo para la resistencia a la barbarie

que también hoy se nos exige. Sus memorias de la deportación se inician con estas palabras: «Las circunstancias fueron tales que asistí de cerca a la tragedia judía encontrándome todavía en Francia»¹⁰, y en el epígrafe que presenta el libro leemos: «Este horror inenarrable hubiera podido ser evitado. Si simplemente el desprecio organizado de lo humano, la locura megalómana, se hubiera encontrado frente a un mundo “civilizado”, lúcido, valeroso, decidido a salvaguardar los principales valores. No son los ejércitos —incluso los mejores del mundo— los que ganan las verdaderas batallas»¹¹.

1.2. Perspectivas sobre el Holocausto

El punto de vista en el que nos vamos a situar para enfocar el trabajo es el de estos combatientes de otros frentes, comprometidos con los valores humanos a riesgo de su propia vida. En los estudios sobre el Holocausto, la figura del resistente y, más en concreto, la del salvador —auténtica vanguardia de resistencia activa no violenta a la barbarie— ha sido habitualmente olvidada o dejada en un segundo plano. Las categorías analizadas suelen ser las de perpetrador, víctima y observador indiferente: tres grupos difíciles de deslindar ya que, como también veremos a continuación, algunas víctimas se convirtieron en cómplices, además de ser evidente la concomitancia entre indiferencia y colaboración. La mirada sobre los crímenes contra la humanidad no puede detenerse exclusivamente en el mal causado, en las razones que lo motivaron y en los actores que intervinieron de forma más o menos directa, ni siquiera debe fijarse solo, aunque merezcan una atención prioritaria, en las víctimas como sujetos pasivos de un sufrimiento inenarrable. La actividad de salvación de los judíos y otras formas de resistencia humanitaria a la máquina de aniquilación pueden protagonizar una nueva perspectiva, prácticamente ignorada durante décadas en la historiografía del Holocausto y bastante relegada incluso en la historiografía de la resistencia, que dé cuenta del abismo del mal tomando como medida y punto de referencia la ejemplaridad del bien.

6 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 79.

7 Ibid.

8 Ibid.

9 Citado por A. Postel-Vinay en la presentación de *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 10.

10 Ibid., p. 13.

11 Ibid., p. 11.

Entre los ejemplos inspiradores que evocan vestigios del bien allá donde el triunfo del mal parece definitivo, la presencia de las mujeres resulta especialmente significativa. Adélaïde Hautval y algunas de sus compañeras de deportación, como Germaine Tillion¹², Anise Postel-Vinay¹³, Geneviève de Gaulle Anthonioz¹⁴ o Marie-Claude Vaillant-Couturier¹⁵, son testigos de excepción de un resto de dignidad humana, de solidaridad y de esperanza, aún persistente cuando ya todo parece perdido. También la perspectiva femenina ha sido olvidada hasta fechas recientes en los estudios sobre el Holocausto y sobre la resistencia¹⁶: otra carencia que querríamos contribuir a paliar, aunque solo sea tangencialmente, a través del reconocimiento público de la aportación de Hautval. Por las razones que iremos apuntando a continuación, parece más que justificado concederle autoridad, es decir, reconocer la grandeza de los principios emanados de su vida y convertir su modo de entender la profesión médica en referente central y mediación insustituible para la comprensión y la práctica de la medicina en la actualidad. En este caso, como en el de las otras resistentes citadas, la autoridad femenina recrea un universo propio opuesto a las relaciones de poder. La hija de una de ellas se confiesa «subyugada por la fuerza que unía a estas mujeres, su cálida ternura concebida en el horror del campo de Ravensbrück, donde, sin esta fraternidad, no hubieran podido sobrevivir»¹⁷.

12 Entre las numerosas obras de y sobre la etnóloga Germaine Tillion, destacamos su *Ravensbrück*, Seuil, París, 1988, y el libro dirigido por Tzvetan Todorov elocuentemente titulado *Le siècle de Germaine Tillion*, Seuil, París, 2007. El 27 de mayo de 2015 Francia le rindió homenaje con su entrada oficial en el Panteón, junto a Geneviève de Gaulle Anthonioz y otros dos resistentes, aunque los restos de ambas no fueron trasladados a la cripta del monumento.

13 Cfr. Postel-Vinay, A. *Vivre (avec la collaboration de Laure Adler)*, Grasset, París, 2015. Hautval le había hecho entrega del manuscrito, que decidió publicar tras su muerte.

14 Cfr. De Gaulle Anthonioz, G. *La Traversée de la nuit*, Éditions du Seuil, París, 1998, y *Le Secret de l'espérance*, Fayard / Éditions Quart Monde, París, 2001.

15 Cfr. Durand, D. *Marie-Claude Vaillant-Couturier. Une femme engagée du PCF au procès de Nuremberg*, Balland, París, 2012. Además de testificar en el Juicio de Núremberg, influyó en la Ley francesa de 26 de diciembre de 1964 sobre la imprescriptibilidad de los crímenes contra la humanidad y fue testigo en 1987 en el proceso contra Klaus Barbie, antiguo jefe de la Gestapo de Lyon, juzgado y condenado por crímenes contra la humanidad.

16 Cfr. Thalmann, R. «L'oubli des femmes dans l'historiographie de la Résistance», *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, n°1-1995: <https://clio.revues.org/513>.

17 Presentación de Isabelle Anthonioz-Gaggini del libro *Geneviève de Gaulle Anthonioz et Germaine Tillion Dialogues*, Plon,

En esta línea, el libro *Auschwitz in England: a record of a libel action*, de Mavis M. Hill y L. Norman Williams¹⁸, está dedicado a tres mujeres (las doctoras Alina Brewda, Dorota Lorska y Adélaïde Hautval) que testificaron en 1964 ante un tribunal inglés en el proceso por difamación *Vladislav Dering vs Leon Urís y otros*, del que después hablaremos. Su testimonio puso al descubierto la fidelidad a las exigencias éticas de su trabajo y a una visión humanista de sus responsabilidades profesionales, frente a la actitud servil de la mayoría de médicos de su entorno y al intento de justificarla con argumentos pseudocientíficos. El choque entre estas dos formas de entender la profesión médica ya se había puesto de manifiesto en otros juicios y, muy en especial, en el de Núremberg contra los médicos iniciado en diciembre de 1946. La conmemoración en 1996 en la Unesco del cincuenta aniversario de este proceso y la publicación del libro *Médecine et crimes contre l'humanité* son, a juicio de Claire Ambroselli¹⁹, dos acontecimientos particularmente determinantes, ya que el proceso conmemorado, inspirador del Código de Núremberg, es el hito fundador de una nueva ética médica indisoluble de los derechos humanos, mientras que el diario de A. Hautval es uno de esos rayos de luz que, parafraseando a Hannah Arendt, poseen el poder de los rayos X para dejar al desnudo la estructura interna de la realidad. Ambos acontecimientos pueden ayudarnos a comprender la naturaleza de los crímenes contra la humanidad y a orientar nuestras resistencias a partir de las lecciones de quienes lo han hecho antes de nosotros. La historia, basada en este caso en los archivos y documentos del proceso, y la memoria, tejida de testimonios y relatos autobiográficos como el de Hautval, se complementan mutuamente para enfrenarnos a la crisis del pensamiento y del juicio moral que estos crímenes revelan: un trabajo de historia y de memoria del que la medicina actual no puede quedar al

París, 2015, p. 13. El principal lugar de encuentro de las supervivientes fue la Association nationale des anciennes déportées et internées de la Résistance (ADIR), creada en 1945, que tiene entre sus objetivos la reflexión sobre el papel de Ravensbrück —el infierno de las mujeres— en el sistema concentracionario nazi.

18 Macgibbon&Kee, Londres, 1965. Citaremos por la traducción al francés de Magdeleine Paz, *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, Calmann-Lévy, París, 1971.

19 Cfr. Ambroselli, C. *Le Comité d'éthique*, PUF, París, 1990 y *L'éthique médicale*, 3e édition corrigée, PUF, París, 1998.

margen, pues la construcción de la justicia internacional no es ajena a la vertiente cívica y política de sus tareas.

Por tanto, a efectos de la elaboración de este artículo, parece indispensable apoyarse en ambas fuentes, ya que determinadas acciones de resistencia, necesariamente secretas, solo pueden ser abordadas aunando el análisis de datos objetivos y la información aportada por los testigos; dos fuentes cuyos resultados parecen plenamente acordes en este tema. La mayor parte del material estudiado procede de la investigación realizada en mayo de 2014 en el Centre de Documentation Juive Contemporaine (CDJC) del Memorial de la Shoah en París²⁰, completada con otras consultas bibliográficas y documentales sobre los juicios de Núremberg y sobre la deportación²¹.

2. Dra. Adélaïde Hautval:

«Justa entre las naciones» (1965)

El Memorial de la Shoah de París, a través del Muro de los Justos, rinde homenaje a los franceses no judíos que ayudaron a los judíos durante la ocupación. Los nombres que figuran están presentados por el año de atribución del título honorífico de Justo entre las Naciones y en cada caso consta el lugar en el que se realizó su acción salvadora. La Dra. Adélaïde Hautval aparece la cuarta de las más de tres mil personas mencionadas, pues recibió el nombramiento en 1965, poco después

20 Desde estas páginas quiero expresar mi agradecimiento a Michel Azaria y Ruth Arciniega por acompañarme en mi primera visita al Memorial de la Shoah y presentarme a su responsable editorial, Georges Bensoussan, quien me proporcionó la mediación para entrar en contacto con la Dra. Claire Ambroselli, cuyos consejos y orientaciones, que agradezco de modo especial, han resultado decisivos en la realización del presente trabajo. Entre los valiosos documentos que pude consultar en el CDJC figura el anexo al estudio del Dr. André Lettich titulado *Trente-quatre mois dans les camps de concentration. Témoignage sur les crimes «scientifiques» commis par les médecins allemands* (Thèses, Université de París, Faculté de médecine, Imprimerie Union Coopérative, 1946) con la narración completa de la experiencia de Adélaïde Hautval en los campos de exterminio. Entre los pocos textos que se refieren directamente a ella, encontré dos cartas manuscritas de una de sus compañeras, Marcelle Christophe, enviadas a su familia desde el campo de internamiento de Beaune-la-Rolande. La hija de Marcelle, Francine Christophe, también internada y deportada, ha escrito varios libros que tienen el interés de plasmar la mirada de una niña sobre esta realidad.

21 Los archivos de la Association des anciennes déportées et internées de la Résistance (ADIR) se encuentran actualmente en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC): <http://www.bdic.fr/collections/quels-documents/archives>.

de la creación de esta distinción²². El lugar reseñado es Auschwitz-Birkenau, foco de su actividad médica como prisionera. Al lado del panel con los nombres, hay una placa conmemorativa en la que leemos: «Sobre este muro están grabados los nombres de los Justos de Francia que salvaron a judíos durante la Segunda Guerra Mundial, a veces a riesgo de su propia vida. El título de Justo es conferido por el Estado de Israel y concedido por el Memorial Yad Vashem de Jerusalén en homenaje a los no judíos que actuaron con coraje y abnegación. Desafiando la indiferencia que parecía reinar en nuestro país, individualmente o en el seno de redes, estas mujeres y hombres de toda condición política, social y religiosa tenían en común el rechazo de la barbarie y el sentido de la solidaridad y de las responsabilidades... Su comportamiento constituye un modelo para todas las generaciones futuras». Según este texto tan elocuente, la figura de los justos nos aporta elementos vitales para la reflexión sobre la responsabilidad y tiene un eminente valor educativo²³.

Adélaïde Hautval obtuvo el título de Justa entre las Naciones por arriesgar en primer lugar su libertad y después su vida al proclamar algo tan elemental, pero en aquel contexto tan radicalmente subversivo, como que los judíos eran personas como las demás, merecedoras

22 Moshe Bejski, presidente de la Comisión de los Justos en el Memorial de Yad Vashem y creador del Jardín de los Justos en Jerusalén, en una entrevista publicada en ABC el 30 de enero de 2005, ante la pregunta: «¿Cuál ha sido el justo que más le ha impresionado?», respondió: «Cada caso es especial y singular. Pero si tengo que elegir, me inclino por la médico francesa Adélaïde Hautval (...) La conocí años después en Israel y fuimos amigos hasta su muerte».

23 Desde los años noventa han aparecido interesantes publicaciones sobre el tema, tanto trabajos autobiográficos como trabajos científicos desde el prisma histórico (Martin Gilbert, Wolfgang Benz), sociológico (Manfred Wolfson, Nechama Tec) o psicológico (Samuel y Pearl Oliner), pero todavía falta un estudio en profundidad del significado ético y político de esta figura y de su aportación a la comprensión de los derechos/deberes humanos. Algunas reflexiones desde este enfoque en Sémelin, J., Andrieu, C. y Gensburger, S. (dirs.), *La résistance aux génocides. De la pluralité des actes de sauvetage*, Presses de Sciences Po, París, 2008; Grasselli, A. y Malletta, S. *I Giusti e la memoria del bene. Chi salva una vita, salva il mondo intero*, CUSL, Milán, 2006; Pérez Triviño, J.L. «El Holocausto y la responsabilidad: altruismo limitado y dilemas trágicos», *Doxa. Cuadernos de filosofía del derecho*, n° 29, 2006, pp. 93-108; Gensburger, S. *Les Justes de France. Politiques publiques de la mémoire*, Presses de Sciences Po, París, 2010, y Bea, E. «Derechos y deberes. El horizonte de la responsabilidad», *Derechos y Libertades*, n° 29, 2013, pp. 53-92.

de respeto²⁴. Esta afirmación alcanza al núcleo del crimen contra la humanidad, a su propio fundamento, que es la negación de la condición humana de sus víctimas y de la pluralidad que la caracteriza. El simple reconocimiento del otro como prójimo, cuya vida tiene por sí misma suficiente valor para asumir riesgos, ataca de lleno a la línea de flotación del sistema. En su caso, y en el de la mayor parte de los salvadores, la solidaridad nace de un impulso casi instintivo que se convierte en una elección moral y desencadena un progresivo compromiso de ayuda. Ni ella ni la inmensa mayoría de los Justos entre las Naciones se sentían santos o héroes sino simples seres humanos incapaces de excluir a otros seres humanos del universo de las propias obligaciones. Tras años de intoxicación racista, que había generado una situación de auténtico colapso moral, «tan sólo los seres excepcionales podían reaccionar normalmente y conservar el *sentido común*»²⁵. Solo unos pocos actuaban movidos por la convicción de la pertenencia sin ningún tipo de discriminación a la especie humana, es decir, desde la conciencia de que la humanidad es esencialmente irreductible e indivisible.

Durante la ocupación de Francia por las tropas hitlerianas, A. Hautval fue detenida cuando intentaba cruzar la línea de demarcación que dividía el país, con el objetivo de visitar a su madre gravemente enferma. En la estación de Bourges planta cara a unos militares alemanes que acosan y maltratan a una familia judía, pidiéndoles con serenidad y en su propio idioma²⁶ que los dejen tranquilos. Entonces surge la pregunta: «¿No ve usted que son judíos?», y la respuesta clave: «¿Y qué? Son gente como los demás, dejadlos». Esta simple afirmación supone su ingreso en prisión y posteriormente, al ser de nuevo interrogada y negarse a retirar lo dicho, la condena a compartir su suerte siendo enviada a los campos de internamiento, diseñados específicamente

para los judíos, de Pithiviers y Beaune-la-Rolande, preludeo de la deportación²⁷. Antes de que se inicie el relato de su experiencia encontramos en su diario la siguiente anotación: «Después leí *La Marche à l'étoile* de Vercors. Es esto. Haber permitido que ocurriera algo así será para Francia, para el mundo, una mancha indeleble. La aceptación ante la fuerza bruta, meter las manos en los bolsillos, a dónde nos lleva»²⁸. Pocas páginas después aparece otra reflexión añadida en 1987 en la misma línea: «Más tarde, mucho más tarde, conocí la vergüenza imborrable de nuestro gobierno, su complicidad voluntaria en esta empresa de destrucción»²⁹.

En efecto, los campos de internamiento mencionados recibieron una afluencia enorme de mujeres, hombres y niños como consecuencia de uno de los hechos más vergonzosos de la historia de Francia, puesto que hubo una clara colaboración de la policía francesa con el ocupante: la redada de los días 16 y 17 de julio de 1942 en la que se detuvo a más de 13.000 judíos en París, de los cuales más de 8.000 fueron encerrados durante cinco días en el Velódromo de Invierno (la desgraciadamente famosa *rafle du Vel d'Hiv*, que permanece en la memoria como símbolo del oprobio). Hautval fue conducida al mismo destino por un gesto humanitario que en este marco de persecución a los judíos, y frente a la propaganda oficial dirigida a deshumanizarlos, alcanzaba un sentido y valor eminentemente políticos, ya que constituía un desafío a la autoridad, convirtiéndose a largo plazo en la denuncia más radical y revolucionaria de la indiferencia y de la vileza sobre las que se sustentó la máquina del exterminio.

En el campo de Pithiviers, escribe Adélaïde Hautval, «todo es tan nuevo y tan incomprensible»³⁰ y, sin embargo, es solo «un aperitivo de lo que veremos después»; «condiciones de vida que parecen intolerables pero que son paradisiacas comparadas con lo que nos espera»³¹. Los primeros signos de la desolación provienen de la ac-

24 Cfr. Postel-Vinay, A. presentación de *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 7.

25 Arendt, H. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*, trad. de C. Ribalta, 4ª ed., Lumen, Barcelona, 2003, p. 175.

26 Había cursado la escuela primaria en alemán, así que hablaba correctamente este idioma. La ausencia de barreras lingüísticas marca la diferencia respecto a otras deportadas a la hora de comunicarse en el Lager.

27 Portadora de una estrella amarilla con la inscripción «Amie des Juifs».

28 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 13.

29 Ibid., p. 22.

30 Ibid., p. 14.

31 Ibid., p. 17.

titud de las enfermas en el mero contacto con el instrumental de examen médico: actitud de desconfianza que hace que algunas «reculen como si les fueran a inyectar productos mortales» y que al principio resulta molesta y sorprendente incluso para los médicos prisioneros, como la joven doctora Hautval, pues queda «todavía mucho camino que recorrer para llegar a entenderlo»³². La situación más triste es la de las enfermas mentales; una de ellas grita: «Nos meterán en trenes y al pasar la frontera harán estallar los vagones». Estas palabras ponen en alerta: «¿Estará acaso en lo cierto con esa clarividencia iluminada que poseen algunos enajenados?»³³.

A pesar de estas reacciones premonitorias, la vida cotidiana en el campo de internamiento apenas permite pensar en el futuro, entre otras razones porque el número de enfermos y las dolencias que padecen (disenterías, escarlatinas, difterias...) se multiplican día tras día no dando respiro al personal sanitario. En la enfermería una joven lituana, No Rabinovitch, es la mejor colaboradora y amiga de la doctora Hautval, pero pronto, «a pesar de formar parte del cuerpo médico, considerado como fijo, es llamada para partir»: «Se me promete que la sacarán de la lista y sin embargo sale en el convoy... Traté de buscar su huella en Auschwitz aunque nunca volví a tener ningún indicio de ella»³⁴. Las partidas se hacen cada vez más insoportables: la peor es la del 2 de agosto de 1942 en la que se separa por la fuerza a los padres de los hijos pues los menores de 15 años, unos mil doscientos, deben permanecer solos en el campo hasta su deportación unas semanas después. Se les asegura que se reencontrarán más tarde pero muchos de los más pequeños pierden su banda de identificación con el nombre y la edad. Hautval asiste a «escenas abominables»; «ese día vi llorar a más de un gendarme»³⁵. Algunos niños enmudecen, no responden a ninguna pregunta y nunca sonríen, «se dejan llevar, indiferentes respecto a lo que les pueda pasar, pareciendo saber de antemano —por vía ancestral— que hay que resignarse»³⁶. Y aún hay más: el 29 de agosto se les retiran deliberadamente las

placas de identidad; «sus intenciones son claras, ya no es posible la duda, siguen punto por punto su programa de exterminio de los judíos»³⁷. Sin embargo, la noticia de la evacuación de los judíos del campo hacia Beaune-la-Rolande abre alguna esperanza de liberación, y el 12 de septiembre anota: «a pesar de lo escrito el 29 de agosto, no es posible pensar la situación hasta el final, teniendo que rectificar siempre ante las consecuencias últimas, inconcebibles para un espíritu normal»³⁸. Las condiciones higiénicas del viaje nocturno en el tren de mercancías son espantosas, pues proliferan los cólicos y solo hay un cubo disponible que hay que ir vaciando con una lata de conservas. Dieciocho kilómetros de distancia que se tarda toda una noche en recorrer. La «atmósfera física y psíquica es deplorable»³⁹ y disipa las engañosas expectativas. En el nuevo campo de internamiento, el 1 de noviembre de 1942 reseña un acontecimiento que no duda en calificar de «trágico»: un niño de tres años y medio, cuyos padres fueron deportados en julio, tras estar al cuidado de la doctora Hautval, muere de disentería y ha de ser velado «para reemplazar a su madre». Se trataba de «un chiquillo muy amable e inteligente, que ya tenía en la mirada todo el conocimiento secular de su raza sobre la desgracia»⁴⁰. El diagnóstico de la situación no ofrece dudas: «La vida en el campo es corrosiva hasta minar la identidad»⁴¹. Prima el egoísmo basado en el instinto de supervivencia y resulta muy difícil preservar una actitud digna.

3. En el lager de Auschwitz

3.1. El convoy del 24 de enero

El 5 de noviembre de 1942 Adélaïde Hautval es transferida a la prisión de Orleans, ya que no pueden quedar «arios» en los campos judíos, y poco después al Fuerte de Romainville, donde coincide con militantes comunistas y resistentes como Marie-Claude Vaillant-Couturier y Danielle Casanova. A pesar de no tener una adscripción política definida ni haber tenido militancia activa en nin-

32 Ibid., p. 15.

33 Ibid., p. 15.

34 Ibid., pp. 20-21.

35 Ibid., p. 19.

36 Ibid., p. 20.

37 Ibid., p. 21.

38 Ibid., p. 22.

39 Ibid., p. 24.

40 Ibid., p. 27.

41 Ibid.

guna organización, no se siente excluida de la comunidad fraternal que forman las presas políticas: «Hay en adelante entre nosotras algo sólido, nos sentimos unidas más allá de las divergencias. Pensamos que, aunque nuestros caminos sean diferentes, tenemos suficientes convicciones comunes para trabajar lealmente juntas, con un mismo fin, por el respeto de la dignidad humana»⁴². El 21 de enero se reúnen en Compiègne, como paso previo a la deportación, y pocos días después parten hacia los campos de la muerte en un vagón de ganado, el conocido como «convoy del 24 de enero» o «convoy de las 31.000» (en referencia al número de serie de las matrículas⁴³) en el que viajan 230 francesas. A su llegada al campo de exterminio, son destinadas en concreto al Lager de Auschwitz II (Birkenau) en el que se ubican las mujeres⁴⁴: «Una planicie inmensa totalmente nevada. Niebla, cuervos. ¿La estepa rusa? No sabemos dónde estamos... Alambradas electrificadas que se pierden en el infinito. La angustia amenaza con invadirnos y, como desafío, cantamos La Marsellesa antes de entrar». Es el «primer contacto con un mundo desconocido en el que la inversión de valores es la ley»⁴⁵.

La inserción en el aparato médico del Lager se produce de inmediato. Según relata Marie-Claude Vaillant-Couturier, que, junto a Adélaïde Hautval, es una de las cuarenta y nueve únicas supervivientes del grupo: «A la llegada, las SS preguntaron quién era dentista o médico. Danielle Casanova y ella fueron designadas. Fueron tatuadas como nosotras pero no se les cortó el cabello. Danielle, al aportar su ayuda a las camaradas de nuestro convoy, contrajo el tifus y su corazón falló, muriendo dos meses después»⁴⁶. Hautval también padecerá esta enfermedad, que le hará sufrir terribles alucinaciones descritas en su diario.

42 Ibid., p. 28.

43 Entre los números 31.625 y 31.854. Adélaïde Hautval con el 31.802.

44 Cfr. Delboz, Ch. *Le convoi du 24 janvier*, Les Éditions de Minuit, París, 1966, y Moorehead, C. *Un train en hiver. Le train des femmes pour Auschwitz*, Cherche-midi, París, 2014.

45 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 29.

46 Vaillant-Couturier escribe: «En los campos, coincidí con seres humanos en el sentido más noble, seres solidarios. He conocido lo mejor de la humanidad. Pienso en una mujer médico, Adélaïde Hautval, que estaba con nosotras en Romainville (...) Creo que la historia de esta mujer muestra la importancia de decir no» («1945. Je ne peux pas penser à la Libération sans penser à tous ceux que j'ai laissés en chemin», *Clara Magazine*, n° 118, 2010, p. 9).

Otra integrante del grupo, Maïe Politzer⁴⁷, organiza danzas folklóricas para expresar su rechazo a dejarse llevar por este ambiente «dantesco»: «Esto nos da el sentimiento de ser nosotras mismas»⁴⁸. El mayor empeño reside en no perder la conciencia de la identidad para preservar ese resto de dignidad humana al que antes nos hemos referido. Adélaïde Hautval se compromete firmemente en este empeño, que se refleja en el estilo de su escritura. Frente a la deshumanización que partía de no designar nunca a los presos por su nombre, reducidos a números de una serie, el mero hecho de mencionar en el diario a las personas con las que se relaciona en el campo y describir, en ocasiones, sus rasgos físicos y psicológicos, con independencia de la posición que ostenten —incluso en el caso de los médicos de las SS—, es de por sí un gesto de rebeldía y de oposición a la despersonalización reinante.

3.2. La jerarquía entre presos como sistema de control

La actitud no conformista de las presas políticas al entrar en el campo provoca reacciones diversas, siendo interpretada por algunas internas como un motivo de esperanza y por otras como un riesgo de alteración del poder establecido. La mayoría las ven como un «motín» que amenaza su posición de superioridad, conquistada a base de la degradación propia y ajena, y por ello escribe Hautval: «quieren domarnos y esto entraña intentos directos o indirectos de dañarnos»⁴⁹. Hautval percibe inmediatamente la jerarquía existente en los campos de concentración y aporta elementos valiosos para el análisis de este fenómeno. La categorización de los presos hasta la escala más alta —la de los *kapos*— constituye un estricto sistema de control que facilita la vigilancia de todas las acciones e impide la formación de lazos comunitarios. Nada más entrar en el campo se da cuenta de que esta jerarquización constituye «el sostén mismo de todo el sistema». Los que «detentan el poder y hacen recaer sobre los otros detenidos el peso de su arbitra-

47 El poeta Louis Aragon consagra algunos versos de su poema *Le Musée grévin* a Danielle Casanova y Maïe (Marie) Politzer, ambas fallecidas en Auschwitz a causa del tifus.

48 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 32.

49 Ibid., p. 30.

ria ferocidad»⁵⁰ son los portadores de triángulos negros (insignia en general de los antisociales, que se identifica aquí con las prostitutas) y los triángulos verdes (condenados por delitos comunes): ambas categorías «se reparten la carnaza representada por los otros detenidos indefensos. Y esta es una de las cosas más monstruosas y sutiles del campo. Esto permite los peores horrores, las peores humillaciones, sin que los SS hagan nada. Saben que así se crea una situación peor todavía que si conservan todas las palancas de mando. Sus intenciones son multiplicadas por todas las rivalidades, todas las ambiciones personales, todos los odios a los que no se impone ningún freno. Saben también que es el mejor medio para impedir un espíritu solidario entre los internos»⁵¹.

La doctora Hautval es destinada como médico al bloque de las alemanas. Casi todo el personal son triángulos negros y verdes. «En un ambiente tan selecto», constata irónicamente, «desentona» una francesa, por lo que llueven las injurias y las amenazas sobre ella⁵². La situación cambia gracias a la auténtica estima que se establece con la *Blockälteste*, una prostituta al mando del bloque, que «tiene sentido de la justicia»⁵³. Como hemos señalado, cada rostro, cada actitud, tiene su propia fisonomía y no es posible encasillar a nadie. En este sentido, algunos comentarios sorprenden, por ejemplo la referencia al amor que sienten varios médicos SS hacia una judía, llamada Enna, que les sirve de intermediario con los detenidos: «Uno de sus admiradores le ha declarado que no podría soportar que un día fuera enviada a la cámara de gas y que, si esto ocurriera, preferiría matarla él mismo. ¡Pobre consuelo!»⁵⁴.

El primer médico SS que Hautval conoce es el Dr. König. En principio, parece más normal que los otros pero está dominado por el miedo al contagio, pues «en caso de tifus, las alemanas no hacen excepciones a la regla de exterminio»⁵⁵. Este miedo está latente en la atmósfera del campo y dificulta la toma de decisiones: si los enfermos son clasificados dentro de la categoría

de alguna enfermedad contagiosa probablemente serán gaseados pero si se oculta su dolencia, se corre el riesgo de provocar una epidemia. No hay más remedio que intentar aislarlos de la forma más discreta posible en lugares donde los SS no se atreven a entrar y tratar de proporcionarles una medicación adecuada. Una de las condiciones más angustiosas de la práctica médica en el Lager es la carencia de productos farmacéuticos. Su «organización (una forma de robar) se convierte para cada médico en una preocupación primordial. No están en manos del personal médico, sino de los *Prominenten*: los *Kapos*, los *Blockälteste*, y son la mejor moneda de cambio de los cuidados recibidos por este personal»⁵⁶. Precisamente el Dr. König requisa en un primer momento los medicamentos conseguidos por la Dra. Hautval —«no pude evitar llorar de rabia»⁵⁷—, pero, bien escondidos en adelante, ya no podrá localizarlos en registros posteriores. Poco a poco se aprende a sobrevivir y a ayudar a los demás a hacerlo aún a sabiendas de que la vida en el campo siempre pende de un hilo.

La cuestión de los medicamentos ocasiona constantes conflictos. En el diario se alude al absurdo de haber sido amonestada por el sargento como consecuencia de no hacer constar la medicación de los enfermos en las historias clínicas, que son enviadas a Berlín «para mostrar al mundo la preocupación alemana por los detenidos en los campos de concentración»: «Miles de ellos mueren a diario en atroces condiciones, pero... las curvas de temperatura son bellas, engañosas, tranquilizadoras»⁵⁸. En esta línea señala a continuación: «En toda mi experiencia médica nunca había visto tantas tasas de sedimentación, recuentos globulares, con fórmula leucocitaria. ¿Utilidad? Prácticamente ninguna, pero queda bien. Los laboratorios funcionan a pleno rendimiento»⁵⁹. Estos datos, escribirá páginas después, quizá son registrados con la intención de que «sirvan de piezas de descargo a la hora de rendir cuentas»⁶⁰. Esta razón es también la única que puede explicar que intenten justificar sus acciones con

50 Ibid.

51 Ibid.

52 Ibid., p. 33.

53 Ibid.

54 Ibid., p. 35.

55 Ibid., p. 37.

56 Ibid.

57 Ibid.

58 Ibid., p. 36.

59 Ibid.

60 Ibid., p. 47.

un diagnóstico de los enfermos que equivale a una sentencia de muerte: «incapaz de trabajar»⁶¹: «¿Desde cuándo necesitan un certificado médico para matar a la gente?»⁶².

3.3. La exacerbación del discurso biopolítico contemporáneo

La búsqueda de una justificación científica de las acciones criminales y el uso de la tecnología a tal efecto dan carta de naturaleza al crimen contra la humanidad perpetrado por el nacionalsocialismo. Al igual que Eichmann simboliza la simbiosis entre la burocracia y la lógica del exterminio, los médicos de las SS son la representación del mal asociado a la investigación científica. El discurso biopolítico fue llevado hasta la exacerbación por la Alemania hitleriana dando lugar a una ideología de la salud que pretendía fundamentar decisiones aberrantes en la exigencia de defenderse contra una «patología infecciosa», propagada por seres inferiores —calificados como «bacterias», «virus», «cuerpos gangrenosos» o «parásitos». La población alemana tenía necesidad de regenerarse y había que limpiarla de sus impurezas. Los médicos aparecen investidos de una nueva misión inmunizadora, convirtiéndose en soldados biológicos de la nación⁶³. La «muerte por gracia» de los incurables, los enfermos mentales, las bocas improductivas y las personas con taras hereditarias, en la Aktion T4 —derecho soberano a matar, motivado en gran parte por razones económicas y presentado bajo la cobertura de la «compasión» hacia «vidas indignas de ser vividas»— es el antecedente de la «exterminación biológica de los judíos» y pertenece a una misma lógica basada en el biopoder⁶⁴. Ambos momentos del crimen contra la humanidad se arraigan en una política que transforma la medicina y la biología en antimedicina y anitibiología con la participación de las autoridades médicas. Las políticas sociales

eugenésicas y las leyes y cátedras de higiene racial eran pasos de un largo proceso que partía de las definiciones biológicas y raciales del ser humano, ahora ya propiamente racistas, y de anteponer un beneficio supuestamente global para la sociedad a los derechos de los seres humanos más vulnerables, bajo la siniestra estrategia de liberarlos de sí mismos y con la decidida pretensión de exculpar a los responsables. Nuevas categorías jurídico-médicas y un lenguaje pervertido, aparentemente inocuo, trataron de aportar ropaje científico a un sistema que acabó por estar absolutamente desnudo ante el poder⁶⁵.

Muchos de los médicos que participaron en este sistema eran hijos y nietos de médicos y se habían formado en las mejores universidades y centros de investigación alemanes o de otros países⁶⁶. Sus víctimas en los establecimientos psiquiátricos y, posteriormente, en los campos de concentración fueron en ocasiones el material de trabajo, los conejillos de indias, para tesis doctorales y conferencias. Su actividad investigadora encontraba grandes facilidades en este campo de experimentación sin límites. La indiferencia ante la vida y la muerte del otro era monstruosa precisamente porque, salvo alguna excepción, parecían personas normales y corrientes cuyas principales metas eran el prestigio profesional, el ascenso social o el acceso a un cargo. En situaciones extremas como esta se ve hasta dónde somos capaces de llegar para el logro de estos objetivos. Robert Serva-

65 Sobre la instrumentalización del derecho, los dispositivos biopolíticos y la concepción eugenésica y racista que subyace al proyecto nacionalsocialista, Blázquez, F. J. (coord.), *Nazismo, Derecho, Estado*, Dykinson, Madrid, 2015, y Santos, J. A. *Los olvidados del nacionalsocialismo. Repensar la memoria*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014.

66 Yves Ternon subraya que el mal estaba extendido al conjunto del cuerpo médico alemán y que solo a partir de 1983 se rompió el silencio entre la clase médica. Entonces se empezó a comprender que aceptar la normalidad de la muerte en masa de personas enfermas, como un acto justificado en el interés de la comunidad, pone de manifiesto que el cuerpo médico ha fracasado y traicionado su misión, convirtiéndose en moralmente culpable en conjunto, más allá de los miembros de la profesión que puedan ser legalmente incriminados por su participación directa. «Quelles limites à l'expérimentation sur l'homme? La criminalité médicale nazi en procès» en «Après Nuremberg: les autres procès du nazisme», *Cahiers de la Justice*, nº3, 2012, p. 28 (pp. 15-32). Véanse de Yves Ternon (con S. Helman), *Histoire de la médecine SS*, Casterman, París, 1969; *Le massacre des aliénés*, Casterman, París, 1971, y *Les médecins allemands et le national-socialisme*, Casterman, París, 1973.

61 *Ibid.*, p. 38.

62 *Ibid.*, p. 47.

63 Cfr. Postel-Vinay, A. «Soigner et exterminer: l'effroi d'un paradoxe», *Tribune Médicale*, diciembre, 1990, p. 26.

64 Sobre la relación entre ambos crímenes, los monográficos de la *Revue d'Histoire de la Shoah* «Classer/penser/exclure. De l'eugénisme à l'hygiène raciale», nº 183, julio-diciembre, 2005, y «De l'Aktion T4 à l'Aktion 14f13 'Des vies sans valeur'», nº 199, octubre, 2013.

tius, el famoso abogado defensor de Adolf Eichmann, también lo fue de K. Brandt, médico personal de Hitler y uno de los máximos dirigentes del sistema médico alemán del Tercer Reich. Servatius basó su defensa ante el tribunal de Núremberg en que la muerte por gas debía considerarse un «asunto médico». Con este argumento no logró convencer al tribunal sobre la inocencia de Brandt, condenado por crímenes contra la humanidad y ejecutado en 1948, pero sí corroboró el estrecho vínculo existente entre el genocidio y la visión biomédica nazi.

Como hemos recordado antes, el juicio contra los médicos es el acontecimiento fundador de la ética médica contemporánea, basada en los principios del Código de Núremberg. Medio siglo después de este proceso, en los actos conmemorativos celebrados en la Unesco, Anise Postel-Vinay evocó la resistencia de su amiga Adélaïde Hautval, quien «en todas las situaciones cruciales a las que se enfrentó no dejó de plantearse preguntas fundamentales».

4. Los dilemas éticos de la práctica de la medicina en el Lager

En el universo del campo de concentración no existía ninguna regla ni criterio general con que afrontar los terribles dilemas de la vida cotidiana. El juicio crítico, turbado por circunstancias extremas y excepcionales, es la única guía para la acción. De hecho, el diario de la doctora Hautval está jalonado por constantes reflexiones sobre problemas de la práctica médica que plantean serios conflictos morales para cuya «resolución se está solo consigo mismo, pues lo absoluto no parece existir»⁶⁷. Resulta difícil imaginar lo paradójica que pudo llegar a ser la condición ético-profesional de los médicos prisioneros enfrentados a escenarios que no habían existido con anterioridad. Desamparados en una tierra de nadie, víctimas y posibles verdugos o salvadores a la vez, se encontraron ante situaciones sin salida llenas de terribles disyuntivas, dudas y retos.

Volviendo a lo ya señalado, una de las mayores dificultades a las que deben enfrentarse los médicos de-

portados es la de evitar calificar a los enfermos con el rótulo «incapaz de trabajar», cuyas consecuencias son inapelables. Adélaïde Hautval se las apaña para «dar diagnósticos inofensivos» pues sabe «bastante bien cuáles son sus intenciones». Y de nuevo se pregunta: «¿Por qué oscura razón necesitan una pseudo-justificación de su decisión de exterminio?». Ante sus reservas a la hora de añadir la calificación condenatoria al final de la descripción de la situación de un paciente, el Dr. Rhode le refuta gritando: «Nosotros somos todos instrumentos, debemos ejecutar las órdenes que recibimos, no somos responsables. Es necesario que se haga dura»⁶⁸. En el diario se apunta que este doctor en la vida ordinaria era un «buen hombre», pero ahora, como vemos, se ha convertido en el «ejecutor dócil de las órdenes dadas por sus superiores jerárquicos». Aun así, «es el mejor de ellos, con rasgos humanos si la argolla de los deberes de buen nazi le permite asomar una nota personal»⁶⁹. La preocupación acerca de la moralidad de las propias decisiones comienza cuando finalmente es una colega austriaca la que, para evitarle «serios problemas», se encarga de la desagradable tarea de dejar constancia de la incapacidad de un preso, con los terribles efectos que suele acarrear: «Actualmente todavía me planteo la cuestión de si, por conservar la buena conciencia, se puede admitir que otra persona se ocupe de un trabajo que puede convertirse más adelante en un motivo de tormento para ella. No puedo responder»⁷⁰.

A la Dra. Hautval le inquietan especialmente las repercusiones anímicas y los problemas de conciencia que se derivarán algún día de reacciones inesperadas, provocadas por experiencias límite que nos ponen a prueba más allá de lo imaginable. En el apartado de su libro titulado «El miedo, qué arma tan potente» nos proporciona ejemplos descorazonadores a este respecto. Tal vez el más terrible es el de las madres que, transformadas por el miedo y el instinto de conservación de seres solícitos en criaturas perezosas y débiles, asisten sin inmutarse a la subida de sus hijos al camión y a los gritos desesperados de ayuda que les lanzan desde arriba cuando

67 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 49.

68 Ibid., p. 38.

69 Ibid.

70 Ibid., p. 39.

ya solo asoman sus manitas aferradas a la barandilla: «ellas saben a dónde se los llevan»⁷¹. También hay madres que aceptan un trabajo fuera del campo tratando de salvarse a sí mismas a pesar de dejar solos a sus hijos, abandonados a su suerte. Adélaïde Hautval se interroga sobre «cómo habrán pagado este momento de debilidad con remordimientos indecibles que las llevarán al borde de la locura»⁷². Por otra parte, describe la actitud de una mujer judía responsable de la administración del campo —«excelente persona que en la vida civil no hubiera consentido hacer ningún mal»— a la que se encarga la tarea de sacar a la fuerza de la cama a las enfermas, judías como ella, para conducir las a la cámara de gas: actitud de aceptación «sin ni siquiera plantearse la posibilidad de negarse»⁷³. En esta línea, en el cuerpo médico provoca una especial indignación la conducta de las enfermeras detenidas que se prestan a cooperar en el traslado de presos de los bloques 4, 5 y 6 al 25, el bloque de la muerte. Las dudas sobre el propio comportamiento surgen a raíz de un comentario sobre la implicación de los que se quejan de la colaboración y en el fondo también aceptan lo que ocurre: «Solo una cuestión de matices diferencia la actitud activa de las enfermeras de la nuestra que es pasiva. Es verdad, tiene toda la razón. Si tuviéramos más coraje protestaríamos en lugar de dejar hacer. Me pregunto qué hubiera pasado si en ese momento se hubiera intentado intervenir. ¿Gesto inútil? Quizá pero no es seguro». La reflexión acaba con una interpelación que nos remite a la fuerza persuasiva y potencialmente transformadora del ejemplo: «A veces hace falta muy poco para cambiar el curso de los acontecimientos y un simple gesto puede suscitar otros; pero ninguno de nosotros hicimos ese gesto»⁷⁴.

Posteriormente, en el campo de Ravensbrück, al que será transferida en agosto de 1944 junto a las 52 compañeras que aún permanecen con vida de las 230 francesas del «convoy del 24 de enero», manifiesta la misma inquietud ante las actividades llevadas a cabo en el *Watenstedt* (fábrica de municiones): «Sin que el mundo

haya protestado se produce esta monstruosidad, miles de seres empleados en fabricar obuses para matar a los suyos. Y yo estoy integrada en este sistema diabólico»⁷⁵. Siempre el temor a colaborar, a pesar de sus arriesgadas muestras de rechazo: «Todos los que llegan deben ser examinados por médicos detenidos; los SS deciden pero la participación existe y permanecerá para siempre un sentimiento de malestar ante sí mismo»⁷⁶.

Tanto en Auschwitz como en Ravensbrück, Adélaïde Hautval trabajará periódicamente, junto a otros médicos prisioneros, en el *Revier*, lugar infecto de pulgas y ratas en el que se internaba a los enfermos. Muchos de ellos mueren en las largas colas de espera para el ingreso, a varios grados bajo cero y con fiebre muy alta. Las dolencias más frecuentes son tifus, edemas, elefantiasis, erisipelas, úlceras incurables y diarreas imparables. Las condiciones de vida son degradantes, y la miseria, también moral, parece inundarlo todo. Algunos de estos médicos dan el nombre de sus pacientes moribundos sin mostrar la más mínima resistencia y ella se pregunta «cómo pueden disponer así de la vida de sus enfermos»⁷⁷. Para tratar de justificar acciones tan contrarias al juramento hipocrático se recurre a la fórmula que con más frecuencia sirve para anestesiar la conciencia moral: «Si tú no lo haces, otro lo hará en tu lugar y será todavía peor». Pero: «¿Qué valor tiene esta excusa exactamente? ¿No es en la mayor parte de los casos un señuelo destinado a esconder el deseo de escapar a una decisión que sería costosa?»⁷⁸.

La desesperación provoca situaciones de enorme complejidad: «Colegas judíos nos piden que les pongamos una inyección mortal en el caso de caer enfermos y ser designados a la cámara de gas. Irka (Konieczna) y yo pensamos que el derecho a vivir o morir no nos pertenece y, además, en el último minuto puede suceder un acontecimiento inesperado»⁷⁹. Una de las condiciones más trágicas es la de las embarazadas. Algunas son enviadas sin más a la cámara de gas, otras son obligadas

71 Ibid., p. 46.

72 Ibid.

73 Ibid., p. 45.

74 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 46.

75 Ibid., p. 58.

76 Ibid.

77 Ibid., p. 48.

78 Ibid.

79 Ibid.

a abortar y a las que están en avanzado estado de gestación se les deja dar a luz en el campo, con la ayuda de una triángulo verde condenada por aborto, cuyos cuidados consisten en ahogar al recién nacido. Cuando esta mujer es liberada «por los servicios prestados a la patria»⁸⁰, se plantea el problema de quién matará a los niños. En un primer momento se encarga la tarea a una triángulo negro, pero en seguida se necesita ampliar el personal. La *Blockälteste* yugoslava del pabellón de las parturientas se niega a prestarse a este crimen, aunque muchos bebés mueren de inanición⁸¹.

Al mismo tiempo, en el *Revier* funciona una escala gradual de procedimientos para salvar a los pacientes. Los resultados de los análisis de laboratorio son exagerados, suprimidos o inventados y se utilizan dos historiales clínicos paralelos, el oficial y el real. En el campo hay muchas «existencias ilegales»⁸²: escondidos, clandestinos, censados como muertos, con el número de un fallecido... La Dra. Hautval inventa sobre la marcha medios de supervivencia para sus enfermas que la ponen en situaciones muy comprometidas. Todos estos métodos muestran que, como señala H. Riquelme, «frente a los crímenes de lesa humanidad perpetrados por médicos serviciales al poder y ávidos de reconocimiento, en nombre de una «ciencia de la raza» y de una guerra total, hubo también actitudes y gestos oponentes de quienes persistieron —con un alto riesgo personal— en mantener una visión humanista de la profesión y su quehacer en la sociedad»⁸³.

La fidelidad a los deberes profesionales, que alcanzará su máxima expresión en el bloque 10 de los experimentos médicos, se manifiesta de forma singular en las últimas semanas pasadas en Ravensbrück antes de la liberación del campo. A partir de marzo de 1945, ante el avance de los rusos, se aceleran las selecciones y se rumorea que todos los enfermos serán exterminados: «No sabemos qué hacer; desamparada, esperando que otros vean la situación más clara que yo, me dirijo a algunos

que por su posición y su carácter tienen una opinión que cuenta; pero tampoco ven salida; somos totalmente impotentes para detener esta marcha del horror»⁸⁴. Hautval recuerda su temor a regresar a la sala de las pacientes más graves y encontrarse con las camas vacías; afortunadamente su enfermera la tranquiliza diciéndole que «casi todas las enfermas siguen ahí»⁸⁵. A las que son incapaces de levantarse les aconseja que no respondan si son nombradas, mientras se niega a entregar la lista que le solicitan dos *Schwestern* SS nuevas, pues aunque le aseguran que es para el personal de la Cruz Roja, ella teme que su destino sea la cámara de gas. Son momentos de gran confusión en los que es imposible fiarse de nadie, salvo de la propia intuición guiada por el deseo desesperado de salvaguardar la vida del mayor número posible de personas. En estos momentos se abre paso la convicción de que «hay que luchar sin preocuparse por el temor a exponerse a una muerte todavía más terrible bajo el fuego de la explosión de las minas»⁸⁶.

En la enfermería se evalúa la capacidad de las internas para salir del campo por su propio pie. Muy pocas pueden caminar solas; la mayoría necesitarán ayuda individual, y algunas tendrán que quedarse porque es imposible transportarlas. El cuerpo médico, constituido por cuatro mujeres francesas, es tajante sobre el deber de no abandonar a sus enfermas sean cuales sean las circunstancias. La apelación a este principio de ética y deontología médica en una situación tan extrema suscita una discusión violenta: «No son enfermas a las que abandonáis sino muertas. Están condenadas de todos modos. Hay que seguir la llamada de las que, aún con vida, tendrán necesidad de vuestra ayuda en el camino. Vuestro deber está ahí»⁸⁷. El cuerpo médico mantiene su decisión pero no hay necesidad de que permanezcan las cuatro, bastará con que se quede una. Adélaïde Hautval será la última en volver a Francia, en junio de 1945, dos meses después de la liberación del campo, encargándose hasta el regreso de cuidar a las enfermas, despiojarlas... y de colaborar en la identificación de todas ellas para

80 Ibid., p. 60.

81 Ibid.

82 Ibid., p. 54.

83 Riquelme, H. «La medicina en el Nacional Socialismo: gestiones de oposición profesional», *Polis* [En línea], 13 | 2006: <http://polis.revues.org/5481>

84 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 64.

85 Ibid., p. 65.

86 Ibid., p. 66.

87 Ibid., p. 57.

su repatriación. Su entrega a los demás nunca le parece el fruto de ninguna cualidad personal especial sino la conducta esperable en cualquier persona y sobre todo en un médico. Estaba abocada a una más que probable muerte horrible y prematura y, precisamente por ello, había decidido comportarse como un ser humano. En el momento en que se discute sobre la obligación de permanecer junto a las enfermas inmovilizadas no presenta sus convicciones como absolutos indiscutibles sino con la firmeza de un juicio extraído del diálogo consigo misma: «¿Dónde está realmente el deber? ¿Se puede en nombre de un deber que se considera más útil, más inmediato, poner fin a obligaciones que el honor tradicional impone? ¿Son pretextos engañosos o reposan realmente sobre una moral, ciertamente más utilitarista, pero también más útil? ¿Se puede, en vistas a un fin lejano que parece estimable, pasar por encima de consideraciones simplemente humanas?»⁸⁸.

Preguntas cuya mejor respuesta es jugarse la propia vida por ser consecuente hasta el final con un compromiso esencial de respeto hacia el ser humano y de responsabilidad ético-médica hacia el enfermo. En este sentido, la grandeza de Adélaïde Hautval como persona y como médico se pone de manifiesto de modo paradigmático cuando, como veremos a continuación, rechaza cooperar en los experimentos pseudo-médicos llevados a cabo en el bloque 10 de Auschwitz, ya que la desobediencia en este contexto implicaba asumir un riesgo extremo que hubiera podido pagar muy caro.

5. La negativa a colaborar en los experimentos sobre los prisioneros

5.1. Esterilizaciones forzadas en el bloque 10

En su actividad habitual en Birkenau, Hautval había conocido al jefe médico, el Dr. Eduard Wirths, del que había dicho que era «la pura ambivalencia, a veces sensible a lo humano, capaz de comprensión, y a veces con un comportamiento típico de nazi adoctrinado que ejecuta fríamente crímenes manifiestos»⁸⁹. Un día este médico le pregunta si quiere practicar la ginecología en

el campo de concentración de Auschwitz I (centro neu-rálgico y administrativo de todo el complejo), situado a unos tres kilómetros de distancia, aunque no le precisa el bloque. Siente desconfianza pero quiere saber lo que pasa allí, hasta dónde son capaces de llegar: «¿Y si me piden ser cómplice?». Las úlceras que tiene en la pierna, complicadas con erisipela, piensa que serán en ese caso un buen pretexto para evitarlo: «El juego es peligroso, soy consciente de ello, pero hay que decidirse»⁹⁰. En el coche que la traslada hay otras detenidas, todas judías, y algunas saben que van al bloque 10 para servir de sujeto de experimentos: «Pero en la situación desesperada en que se encuentran, qué importa. El hijo ha sido gaseado, los padres asesinados, qué más da una cosa u otra, revolcarse en la suciedad, en la miseria más negra, esperar la muerte en el hielo, en los pantanos, o esperar en el bloque 25, antesala de la cámara de gas. Entonces lo que ocurra en el bloque 10 puede ser una ganancia inesperada»⁹¹. Era lógico pensar que ya no había nada que perder y que era imposible ir a peor, pero la demencia racista todavía estaba por dar sus frutos más siniestros.

A la llegada, las prisioneras son inscritas en listas diferentes según los experimentos a que deben servir: «estos señores se hacen la competencia»⁹² ironiza Hautval. La descripción de la situación anímica de las mujeres del bloque, unas 500 judías de diversas nacionalidades convertidas en «cobayas», muestra el paso de una cierta ilusión e inconsciencia a una atmósfera de angustia, pánico, nervios y llanto incontenible ante las primeras pruebas: «Hay que calmarlas, explicar lo inexplicable»⁹³.

El primer experimento que la Dra. Hautval pudo conocer fue la esterilización por introducción en el útero de un líquido caustico destinado a provocar la obstrucción de las trompas de Falopio, practicado por el «profesor» (siempre entrecomilla este título) Claus Clauberg, uno de los más claros exponentes de la concepción biomédica nazi. Había logrado convencer a Himmler en 1942 de que pusiera a su disposición el

⁸⁸ Ibid.

⁸⁹ Ibid., p. 37.

⁹⁰ Ibid., p. 82.

⁹¹ Ibid.

⁹² Ibid., p. 84.

⁹³ Ibid.

campo de Auschwitz, con la orden expresa de ejecutar todos sus deseos, para experimentar su método de «esterilización no quirúrgica de mujeres inferiores», tendente a implementar la «política demográfica negativa» para la eliminación de pueblos indeseables. Este «hombrecillo calvo, con sombrero tirolés y botas»⁹⁴, solía tardar de uno a tres meses en ejecutar las distintas fases de su método. Sus ayudantes eran el Dr. Goebel y la enfermera Böhning junto a otras prisioneras que «de enfermeras no tienen más que el nombre»⁹⁵. Las inyecciones ocasionaban sufrimientos atroces e inflamaciones de órganos, y exigían varias pruebas radiológicas de control. Su actividad no se restringía al Lager: «El “profesor” pretende llevar a sus víctimas a su clínica privada a pocos kilómetros de Auschwitz. Las detenidas no se dan cuenta de que estarán completamente a su merced. La mayoría de ellas no son capaces de ver más allá de la ventaja inmediata: dejar el campo»⁹⁶. Sin embargo, se escuchan noticias estremecedoras de algunas mujeres que ya han pasado por ahí, con las consiguientes interpretaciones y deformaciones inevitables: «Una de las versiones que circulan es que se trata de fecundación artificial. ¡Qué horror! ¿A qué monstruo darán a luz? Es casi un consuelo saber que solo son ensayos de esterilización»⁹⁷.

Otro método de esterilización experimentado en el bloque 10 es el del Dr. Horst Schumann por irradiación, aunque los aparatos de rayos-X están en Auschwitz-Birkenau. Las víctimas son jóvenes griegas de entre dieciséis y dieciocho años, cuya delicadeza y fragilidad hace «que sus sufrimientos nos descompongan»⁹⁸: «Regresan cada noche en un estado lamentable con síntomas de peritonitis. Vomitan quejándose de dolores abdominales atroces»⁹⁹. Después de esta primera fase, para controlar el resultado, se procede a la extracción de un ovario por laparotomía mediana o por incisión sub-púbica horizontal «para mostrar la diversidad de las capacidades del

cirujano»¹⁰⁰. Las primeras operaciones muestran que por error los órganos afectados son sobre todo los intestinos y se hacen entonces irradiaciones más bajas seguidas de la extirpación del otro ovario. Tras padecimientos horribles, que la Dra. Hautval describe con crudeza, algunas de estas chicas se niegan a seguir con el proceso prefiriendo ser enviadas a Birkenau «donde se cuenta con su exterminación “natural”»¹⁰¹.

Adélaïde Hautval señala que desde su llegada al bloque 10 fue iniciada en una serie de investigaciones como asistente del Dr. Eduard Wirths. La técnica experimental era la colposcopia, que comenzaba a utilizarse para detectar la existencia de lesiones precancerosas en el cuello del útero. Quien había introducido el uso de este método innovador no era el Dr. Eduard Wirths sino su hermano menor, Helmut, reputado ginecólogo que trabajaba en un hospital de Hamburgo-Altona bajo la dirección del Dr. Hans Hinselmann, fundador de este importante procedimiento de diagnóstico. El Dr. Helmut Wirths, «un alemán con ojos grises azulados de candorosa mirada»¹⁰², de paso por Auschwitz, le indicó que había que secundar al «profesor» Clauberg en sus trabajos: «Estoy turbada porque es algo en lo que no quiero participar»¹⁰³. Tras la marcha del campo del menor de los Wirths, el hermano mayor, inquieto por las reticencias de Hautval, empieza a indagar sobre su posicionamiento tanto en el terreno de la medicina como en el político (hablan incluso de la cuestión de Alsacia en la que ella manifiesta a las claras su postura contraria a la alemana) y surge la pregunta sobre su opinión respecto a la esterilización: «La ocasión es única; pienso que una pregunta directa merece una respuesta directa y digo que estoy totalmente en contra»¹⁰⁴. Eduard Wirths se sorprende de que un médico pueda ser contrario a un método de selección que protege la raza, y, como era de esperar, saca el tema de los judíos: «no puedo impedirme decirle que nadie tiene derecho a disponer así de la vida de la gente»¹⁰⁵. El efecto inmediato de

94 Ibid., p. 87.

95 Ibid.

96 Ibid., p. 88.

97 Ibid., pp. 88-89.

98 Ibid., p. 89.

99 Ibid.

100 Ibid., p. 90.

101 Ibid.

102 Ibid.

103 Ibid., p. 91.

104 Ibid.

105 Ibid.

este intercambio de pareceres «es benéfico ya que no se me vuelve a hablar de ayudar al “profesor”»¹⁰⁶.

La técnica que ensaya el Dr. Wirths puede parecer inofensiva pero en este contexto se practica, como ocurre con el resto de pruebas, sin ninguna consideración hacia las pacientes pues los exámenes colposcópicos derivan innecesariamente en cirugía y ni se pide su consentimiento, ni se les informa de los resultados, ni se prestan los cuidados postoperatorios requeridos. En el fondo es igual que las otras en cuanto «a la arbitrariedad y a la falta de respeto hacia el ser humano»¹⁰⁷. Por ello escribe: «Mi convicción es firme, no puedo prestarme a la ejecución de sus órdenes. Con el pretexto de mis úlceras en las piernas, le comunico mi decisión al Dr. Wirths, que acepta sin comentarios»¹⁰⁸.

Entonces se designa a la Dra. Hautval para ayudar al Dr. Maximilian Samuel, prisionero judío alemán que, gracias a su cooperación sin fisuras con las autoridades del campo, es el responsable de la mayor parte de las operaciones practicadas a diario. Las relaciones entre ambos médicos detenidos son muy tensas. A pesar del rechazo a participar, Samuel quiere enrolarla a la fuerza para que al menos colabore con él como anestésista: «Tengo miedo y me dejo entrenar para hacer una o dos anestésias aunque en seguida me niego a continuar. Busco un medio de resolver el conflicto diplomáticamente pero es demasiado tarde, el Dr. Samuel me ha denunciado ya ante el Dr. Wirths»¹⁰⁹. El director médico de Auschwitz la somete a un nuevo interrogatorio y ella responde con una total sinceridad. Wirths le pregunta: «¿Es verdad que rechaza ayudar en las operaciones?». Hautval responde que sí es cierto y expresa sus razones con inusitada naturalidad: «porque es contrario a mis convicciones». El antisemitismo del Dr. Wirths sale de nuevo a la luz: «¿No ve que esta gente (los judíos) son muy diferentes de nosotros?». Ante este comentario, ella recuerda: «No pude evitar responder que en este campo mucha gente era diferente a mí, por ejemplo él mismo». Fuera de toda lógica sobre las consecuencias

previsibles de esta insólita conversación: «Para mi sorpresa, el Dr. Wirths no reacciona a pesar de la presencia de testigos jerárquicamente inferiores»¹¹⁰. En cambio, el Dr. Samuel, que se había plegado a todos los servicios exigidos para contentar a los nazis, será fusilado.

El caso de Maximilian Samuel es una prueba tangible de la deplorable capacidad del sistema para implicar a las víctimas en el crimen. Hautval no justifica sus actos pero explica la aciaga condición de este cirujano prisionero: «El Dr. Samuel estaba dominado por el miedo y el deseo de complacerles; transpiraba estos sentimientos. En tanto que judío, su situación era más peligrosa que la mía. Además, se comentaba que su hija estaba en el campo. Sin duda se decía a sí mismo que obedeciendo ciegamente a los jefes quizá podría salvarla»¹¹¹.

5.2. Las prácticas médicas criminales en Birkenau y en Ravensbrück

Tras la denuncia, A. Hautval es reenviada al campo de Birkenau. A su llegada, le aconsejan que se esconda durante algún tiempo. Por la noche, la responsable del *Revier*, una detenida comunista, le dice que una *Schreiberin* (secretaria de la sección política de la administración central SS) ha avisado de que pronto será ejecutada. Por ello le ruega: «es necesario que cedas en lo que concierne a los experimentos», a lo que de nuevo responde con una negativa sin ambages¹¹². Los días pasan y, ante la falta de represalias, vuelve al trabajo. No comprende qué ha pasado. Su mayor temor es que otra persona haya pagado por ella. Muchos años después, gracias a la emisión de una entrevista con otra deportada, obtiene la explicación: los dirigentes del *Revier* querían garantizar su independencia respecto a la administración central y que no se inmiscuyeran en sus asuntos. En cualquier caso, las dudas sobre el

106 Ibid.

107 Ibid., p. 92.

108 Ibid.

109 Ibid.

110 Ibid., pp. 92-93.

111 Ibid., p. 93. Sin embargo, Mazaltov Behar Mordoh, superviviente de Auschwitz que fue sometida a los experimentos del Dr. Schumann, recuerda que el Dr. Samuel accedió a su desesperada petición de que le dejara al menos un ovario a salvo para poder tener hijos en el futuro. Cfr. *El País*, 26 de octubre de 2007.

112 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 94.

propio comportamiento siempre retornan pues cabe pensar que «el rechazo solo es eficaz si es masivo»¹¹³.

La experimentación médica sobre seres humanos no es exclusiva del bloque 10. Basta con recordar que el Dr. Josef Mengele prestaba sus servicios en Auschwitz-Birkenau. Adélaïde Hautval lo describe como «un perturbado, un peligro, que sin escrúpulos juega con las vidas humanas como un gato con los ratones». Mengele prepara un estudio pero son los detenidos los que hacen el trabajo: «Muchas tesis han sido elaboradas de esta forma; utilización imprevista de los campos de concentración»¹¹⁴. En el diario hay pocas referencias a él porque su relación fue efímera aunque digna de mención: «Algún tiempo después de mi vuelta del bloque 10 me convoca para decirme que debo participar en sus atroces trabajos con gemelos. A mi pregunta “¿esta orden es definitiva?”, él responde “mis órdenes son siempre definitivas”. Pero su entorno me ha hecho saber que a renglón seguido dijo “no puedo forzarla a lo que no quiere hacer”»¹¹⁵.

La Dra. Hautval da cuenta de otros experimentos y prácticas criminales que pudo observar o de las que tuvo noticia tanto en Auschwitz como en Ravensbrück: los del Dr. Bruno Weber, que utilizaba carne humana como caldo de cultivo, hacía mezclas entre diferentes grupos sanguíneos y pruebas con drogas psicotrópicas, o los de aquel «nuevo protagonista de las teorías raciales», que elegía su «material» haciendo desfilar a mujeres de todas las edades y realizando múltiples mediciones para un estudio de antropometría. Algunas de estas mujeres aceptaron abandonar el campo para que prosiguiera fuera la investigación con ellas: «Nosotras pensábamos que pronto estarían en un museo del Gran Reich como ejemplos de una raza indigna de vivir, aniquilada gracias a las medidas juiciosas del nacionalsocialismo»¹¹⁶. En una anotación añadida en 1987 confirma estas sospechas pues pudo comprobar que, en efecto, fueron asesinadas y sus cuerpos colocados en cubas de conservación para la colección de esqueletos del Prof. August Hirt en el Instituto de Anatomía de Estrasburgo. Con todo, el peor

representante del cuerpo sanitario era, a su juicio, aquel «pequeño monstruo» apodado Napoleón y llamado Josef Klehr, que, además de administrar inyecciones letales de fenol, estaba especializado en el asesinato de niños pequeños; había que entregárselos desde el nacimiento y si descubría que se le había ocultado algún bebé exigía loco de rabia la entrega inmediata.

Anise Postel-Vinay constata que «cuando la Dra. Hautval fue transferida al campo de Ravensbrück en agosto de 1944 conoció los experimentos sobre las piernas de unas setenta y cinco jóvenes en su mayoría estudiantes polacas; de ellas unas diez murieron entre sufrimientos intolerables y seis fueron ejecutadas»¹¹⁷. El director de estos experimentos era el Dr. Karl Gebhardt, médico personal de Himmler, que llegaría a ser presidente de la Cruz Roja alemana una vez rehabilitado, tras la pérdida de confianza sufrida por no haber sido capaz de salvar la vida del segundo en el mando de las SS, Reinhard Heydrich, herido en un atentado en Praga y que, tratado por él con sulfamidas, moriría a causa de una septicemia. Este cirujano realizaba amputaciones, reinjertaba miembros entre los detenidos e introducía cuerpos extraños infectados para provocar la gangrena o el tétanos con el fin de demostrar el efecto curativo de los antibióticos en este tipo de dolencias, consiguiendo, gracias a ello, su ansiada rehabilitación.

El Dr. Gebhardt figuró entre los acusados en el Juicio contra los médicos de Núremberg. Condenado a muerte por crímenes de lesa humanidad y de guerra, fue ejecutado en la prisión de Landsberg en 1948¹¹⁸. El Prof. Clauser falleció en 1957 antes de ser juzgado en la ciudad de Kiel. Adélaïde Hautval vivió el inicio del proceso con escepticismo pues temía que no se hiciera justicia y que sus actos criminales quedaran impunes. En la instrucción se invocó el cumplimiento de la «Ley para la prevención de la descendencia con enfermedades hereditarias» de

117 Cfr. www.histoire-politique.fr-1.

118 No obstante, los miembros del personal del campo de Ravensbrück fueron juzgados en su mayoría ante tribunales militares británicos en Hamburgo entre 1946 y 1948. Germaine Tillion, allí presente como observadora, se quejó del escaso seguimiento por parte de la opinión pública, con el temor de que hechos tan graves cayeran en el olvido. Véase el anexo «L'Allemagne jugée par Ravensbrück» del libro *Geneviève de Gaulle Anthoinoz, Germaine Tillion. Dialogues*, cit., pp. 143-158.

113 Ibid., p. 95.

114 Ibid., p. 39.

115 Ibid.

116 Ibid., pp. 97-98.

14 de julio de 1933, que permitía sustituir el consentimiento individual por el del Estado, y se intentó probar que ejecutaba tareas que le resultaban desagradables cuando en realidad su principal objetivo era conseguir la creación de un Instituto de investigación, bajo su dirección¹¹⁹. En el caso de estos dos representantes de la medicina criminal nazi, el motor de sus acciones no era solo la convicción sobre la ciencia y la higiene racial, sino también y fundamentalmente el cálculo interesado. El «material humano» utilizado a este propósito carecía de valor. La anestesia moral frente al sufrimiento de las víctimas quedó patente también durante el juicio. Por su parte, el Dr. Schumann, tras ejercer la medicina en diversos países, fue extraditado desde Ghana a Alemania siendo juzgado en Fráncfort en 1970. Por razones de salud, fue excarcelado en 1972 aunque no murió hasta once años después. También en la ciudad de Fráncfort, pero entre 1963 y 1965 (en el llamado «segundo juicio a Auschwitz»), se había seguido proceso contra Josef Klehr, alias Napoleón, habiendo sido condenado a cadena perpetua. En 1988 se le concedió la libertad condicional y falleció unos meses más tarde. En cambio, el Dr. Wirths no llegó a ser juzgado ya que se suicidó en la cárcel en 1945 y, como es sabido, el Dr. Mengele consiguió escapar muriendo ahogado en una playa brasileña en 1979.

Estos miembros de las SS, médicos torturadores, se cuentan entre los perpetradores del crimen contra la humanidad y, aunque se trata de un crimen que por su propia naturaleza nunca puede ser castigado en su justa medida —y a sabiendas de que hubo quien llegó a mantenerse en posiciones clave en el sistema médico alemán tras la guerra—, algunos de ellos, como hemos visto, tuvieron que comparecer en juicio y todos de algún modo han sido condenados por el tribunal de la historia. En cierta medida, eligieron su destino. Pero ¿qué fue de aquellos médicos deportados que, sin quererlo, se vieron

119 En un artículo titulado «L'abcès Clauberg» (*Voix et Visages, Bulletin mensuel de l'A.D.I.R.* n° 241, septiembre de 1958, pp.1-2), la Dra. Hautval denuncia que en la instrucción se mantuviera que la responsabilidad del «profesor» estaba cubierta por la de los dirigentes del III Reich, ya que, nos dice, «este criminal no era el instrumento irresponsable de Himmler, sino su cómplice lúcido y monstruoso». Dada la situación de otros médicos implicados en crímenes contra la humanidad, que ya habían vuelto a sus tareas y ostentaban cargos, temía que, de no haber muerto, también Clauberg hubiera sido reintegrado en el aparato médico.

involucrados en este infame universo? Sabemos que algunos, como el Dr. Samuel, colaboraron en los crímenes sin manifestar oposición y fueron asesinados, mientras que otros, como la Dra. Hautval, no se plegaron nunca a las órdenes criminales de sus superiores y sobrevivieron. Ahora bien, en términos generales la información es escasa, pues se trata de un grupo cuyos miembros están prácticamente ausentes de la historiografía. La noción de «zona gris», siguiendo el modelo ya clásico de Primo Levi¹²⁰, presenta importantes limitaciones a la hora de caracterizar las diferentes actitudes de los médicos prisioneros, pues la pluralidad que manifiestan aporta una mayor complejidad a la figura de la víctima-cómplice. Sin duda, hay elementos coincidentes con el análisis de Primo Levi en las reflexiones de Adélaïde Hautval sobre la jerarquía y los sistemas de control que regían en el Lager, pero ella pone un mayor énfasis en el factor personal y en las posibilidades de acción incluso en las situaciones en que la coacción parece más inexorable. El margen de libertad de elección era lógicamente mayor cuantos más conocimientos específicos se pudieran aportar y cuanto más necesaria resultara esa aportación, es decir, en la medida en que alguien por su pericia dejara de ser absolutamente superfluo y sustituible. En este sentido, la figura de los médicos detenidos presenta importantes peculiaridades que salieron a la luz en un proceso muy singular celebrado en Londres en 1964, al que ya hemos aludido anteriormente, y en el que la Dra. Hautval tuvo un relevante papel como testigo de la parte demandada.

6. Las distintas posiciones de los médicos prisioneros ante un tribunal inglés

6.1. El asunto *Dering vs Uris*

En este proceso —conocido con el nombre del libro en que se publicó la crónica, «Auschwitz en Inglaterra»— se invierten los papeles respecto al resto de acciones judiciales relacionadas con el Holocausto, pues el demandante es el Dr. Vladislav Dering, médico deportado inscrito en la lista de los criminales de guerra de Naciones Unidas

120 Cfr. Levi, P. *Los hundidos y los salvados*, trad. de P. Gómez Bedate, Península, Barcelona, 2014.

—en 1964 ya plenamente integrado en el servicio nacional de salud tras diez años en el servicio colonial—, y los demandados son el escritor Leon Uris y el editor británico (William Kimber) de su célebre novela, *Éxodo*. Es decir, el supuesto colaborador en el crimen es aquí la víctima y la acción es civil y no penal como en los otros casos. El Dr. Dering presentó una demanda de daños y perjuicios por la difamación contenida en la página 155 de la edición inglesa de *Éxodo* en los siguientes términos: «Aquí en el bloque 10, el Dr. Wirthe (*sic*) utilizaba a mujeres como cobayas; el Dr. Schumann esterilizaba por castración y rayos X; Caluberg (*sic*) quitaba los ovarios y el Dr. Dering realizó diecisiete mil experimentos quirúrgicos sin anestesia»¹²¹. Dering defendió que las palabras relativas a Dering se referían a él, dado que fue deportado a Auschwitz y fue compañero del resto de médicos citados, y que constituían un atentado grave a su honor, a su reputación y al ejercicio de su profesión, siendo objeto de escándalo público, de odio y de desprecio.

Admitida la demanda por difamación, el asunto *Dering vs Uris y otros* se dirimió en un proceso oral que duró 23 días (con 18 jornadas ininterrumpidas de audiencia) ante el juez Lawton, de la Alta Corte de Justicia (División de la Banca de la Reina), y ante un jurado de doce miembros. El veredicto fue de condena a los demandados, si bien, muy por debajo de lo solicitado, consistió en el pago de la cifra simbólica de medio penique. Con ello se afirmaba que algunos extremos de la frase impugnada no eran exactos —el número de víctimas, que eran muchas pero imprecisables, la ausencia de anestesia, que era más bien raquianestesia dolorosamente administrada, y el bloque donde Dering ejerció, que no era el 10 sino el 21— aunque también que el texto en cuestión reflejaba su participación en hechos muy graves que realmente ocurrieron, probados en otros procesos, y que, como vemos, coinciden plenamente con lo que Adélaïde Hautval anotó en su diario. El fondo de la cuestión era, en definitiva, saber si se había deformado o no la realidad sustancialmente, es decir, si el texto era «un ataque indigno contra un hombre que

había hecho lo que consideraba mejor», como alegó la parte demandante, o si su contenido era «muy cercano a la verdad» como argumentó la otra parte¹²². Y en este sentido, según leemos en el prefacio del libro: «Resulta singular que en 1964, en Inglaterra, un juez y un jurado tengan que determinar la verdad sobre lo que ocurrió en un campo de Polonia, más de veinte años antes»¹²³. Además —y tal vez esto es lo más relevante para la posteridad— de lo actuado en el juicio se deduce que probablemente tales hechos no habrían ocurrido, o al menos seguro que no con la misma gravedad, si las personas en su situación se hubieran opuesto a cooperar.

El Estatuto del Tribunal Militar Internacional de Núremberg, que juzgó a los jefes del régimen, instauró un importante criterio de enjuiciamiento al establecer en el artículo 8: «El hecho de que el acusado actuara obedeciendo órdenes de su gobierno o de un superior no le exonerará de responsabilidad, pero podrá considerarse una atenuante al determinar la condena si el Tribunal estima que la justicia así lo exige». Este criterio, que excluye la obediencia debida o que contempla incluso el deber de desobediencia a las órdenes criminales, introduce un radical cambio de perspectiva que ha iluminado las legislaciones nacionales e internacionales, aunque ha sido visto con recelo por los gobiernos y por las autoridades militares interpretándolo habitualmente de un modo muy restrictivo¹²⁴. Más allá de estas reticencias, lo decisivo es dejar sentado que, siguiendo la formulación del principio IV de Núremberg, realizada en 1950 por la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas: «El hecho de que una persona actúe bajo las órdenes de su Gobierno o de un superior no le exime de la responsabilidad bajo las leyes internacionales, siempre que se demuestre que tenía posibilidad de actuar de otra forma».

122 Ibid., p. 298.

123 Ibid., p. 11 (Prefacio del abogado Lord Denning).

124 Por ejemplo, el juicio en Múnich a las enfermeras de Meseritz-Obrawalde, celebrado en 1965, se saldó con la libre absolución de las mismas por haber cooperado en el programa de eutanasia cumpliendo órdenes de los médicos, a pesar de que una de las enfermeras confesó haber asesinado ella sola a más de 1.500 pacientes. En cambio, años después, la sentencia del caso Papon, al que ya hemos aludido, no solo condena la colaboración sino que se pronuncia a favor del derecho a la desobediencia y también del deber de desobediencia.

121 Hill, M. M. y Williams, L. N. *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, cit., p. 16.

En el supuesto que nos ocupa, el principio de Núremberg no es directamente aplicable porque no se enjuicia la responsabilidad criminal de nadie, ya que no estamos en la vía penal. Sin embargo, dicho principio estuvo presente en la medida en que se entró a considerar si efectivamente los médicos deportados tuvieron alguna posibilidad moral de opción. A este propósito, el empeño del Dr. Dering por demostrar a lo largo de la vista oral que en aquel universo tan represivo no cabía la oposición, y que no pudo actuar de otra manera, fue contrastado con el testimonio aportado por la Dra. Hautval, en el que se mostraba que el hecho de resistir desobedeciendo era mucho más difícil en el caso de los médicos prisioneros, como ellos, que en el caso de los médicos vinculados a las SS, como los acusados en los otros juicios antes citados, pero no era imposible. Ante órdenes que exigen actos manifiestamente injustos, llega un momento en que hay que elegir entre la obediencia ciega y la obediencia a la conciencia o, dicho de otra forma, entre la colaboración y la resistencia.

El abogado del demandante, M. Colin Duncan, puso el énfasis en la difícil situación de un deportado polaco como el Dr. Dering, arrestado en Varsovia por ser miembro de una organización clandestina y, dada su condición de experto ginecólogo, encargado de la dirección de la sala de cirugía del bloque 21 de Auschwitz. En el alegato se mostró que no solo escondió a sus pacientes e intentó corregir los efectos desastrosos de los experimentos de otros, sino que, además, él mismo se negó a inyectar fenol a un paciente desobedeciendo la orden de su superior. Sin embargo, parece que poco a poco se fue convenciendo de que el rechazo no tiene sentido, pues las operaciones en las que él estuvo implicado, como la extirpación de órganos sexuales a jóvenes judíos, hubieran sido practicadas de todas formas y por personas no cualificadas, y que, por consiguiente, «al rehusar no solo no salvaríamos a nadie sino que nos pondríamos nosotros mismos en peligro»¹²⁵. En un contexto «en que no cabía ninguna posibilidad de cambiar la situación», y en el que la negativa a participar se sal-

daba con la cámara de gas, se estimó que no había más remedio que participar en los experimentos «intentando hacer todo lo mejor por sus compañeros de sufrimiento» y que «volvería a hacerlo»¹²⁶. En definitiva, según se afirmó en las conclusiones de la parte actora, el mal menor era colaborar.

En apoyo de la tesis del demandante, uno de los testigos presentados por su abogado, el Dr. Josep Mezyk, afirmó que «el rechazo directo de obediencia a una orden formal era impensable»¹²⁷. Otro de los testigos, el Dr. Jan Grabczy ski, que había trabajado como asistente del Dr. Dering, justificó la participación de ambos asegurando que si los SS hubieran practicado las operaciones, los riesgos de infección hubieran sido mayores y que esa fue la principal razón de la aceptación. Sin embargo, en el interrogatorio llevado a cabo por Lord Gardiner, abogado de los demandados, la cuestión de la desobediencia y de su valor ejemplar dio un giro importante e inesperado. Lord Gardiner le preguntó al testigo qué hubiera hecho si cuando el Dr. Schumann le pidió proceder a la ablación de los testículos de un hombre contra el que figuraba la inscripción «vida sexual anormal», el Dr. Dering le hubiera dicho que él no lo haría y que ya había desobedecido una vez con la sola represalia de la prohibición de salir del campo durante quince días: ¿Hubiera efectuado la operación? El Dr. Grabczy ski respondió que no. El abogado indagó a continuación sobre si en ese caso también otros médicos deportados hubieran rechazado participar, y él dijo que era posible. Y por último, si, en el supuesto de negarse ellos, hubiera practicado la extracción el propio Dr. Schumann, a lo que respondió con un no rotundo¹²⁸. La deducción es clara: «Los alemanes carecían de médicos suficientes y, dado que cada vez eran más necesarios, los médicos deportados se fueron encargando progresivamente de todo el servicio, que no hubiera podido funcionar sin ellos. Nombrado jefe del hospital, el doctor Dering era el único hombre auténticamente indispensable para los alemanes... No tenía precio para ellos y se lo disputaban»¹²⁹.

¹²⁵ Hill, M. M. y Williams, L. N. *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, cit., p. 70.

¹²⁶ Ibid., p. 80.

¹²⁷ Ibid., p. 146.

¹²⁸ Ibid., p. 142.

¹²⁹ Ibid., p. 154.

La declaración de los veintidós testigos de los demandados profundizó en el hecho de que, a través de su participación directa en prácticas que no tenían ninguna justificación terapéutica sino meramente experimental —y que, según fue probado, realizó, además, con gran crueldad y sin atención postoperatoria—, el Dr. Dering se convirtió de algún modo en instrumento voluntario de los médicos SS, movido por el interés de obtener su favor más que por un miedo insuperable o un auténtico estado de necesidad. Volviendo a lo apuntado antes, los médicos deportados no eran material sobrante e intercambiable, como la mayoría de los prisioneros, sino personas con una cualificación profesional que resultaba irremplazable. Los responsables del Lager no podían prescindir de ellos. En esas circunstancias, tal vez si todos se hubieran negado a colaborar, el proyecto experimental sobre seres humanos se hubiera ralentizado o incluso abandonado pues no hubiera sido materialmente posible y «los SS podrían haber visto que había límites en materia de ética médica que no podían traspasar»¹³⁰. No es posible saber hasta qué punto la facultad de oponerse a las órdenes hubiera actuado de dique frente al crimen contra la humanidad, pero sí sabemos que la obediencia pasiva y la cooperación se revelaron como condiciones indispensables de su ejecución.

El testimonio más importante del juicio, según el juez Lawton, fue el de la Dra. Hautval, una «mujer de coraje y de fe», con un «rostro desprovisto de todo artificio, armonioso y de expresión serena», cuya «dignidad tranquila» y «espíritu indomable» eran manifestación de su altura moral. En las conclusiones finales dice de ella que tenía una «personalidad eminente y distinguida, una de las mujeres más valientes y más impresionantes de las nunca llamadas a testificar ante los tribunales de este país». Ella fue el último testigo en declarar y de algún modo había sido presentada por su colega en Auschwitz, la Dra. Dorota Lhorska¹³¹, quien había afirmado conocer a varias personas que no ejecutaron las órdenes o que, sin rechazar directamente, hicieron todo

lo posible para no ejecutarlas con el propósito de no causar un perjuicio permanente a sus compañeros de deportación. Entre ellas, recuerda de forma singular a la Dra. Hautval, que a su llegada al bloque 10 le explicó lo que estaba pasando: «Al final de la conversación, me dijo que era imposible que saliéramos vivas del campo: “los alemanes no permitirán a gente que sabe lo que pasa aquí retomar contacto con el mundo exterior; así que en el poco tiempo que nos queda de vida, lo único que podemos hacer es comportarnos como seres humanos”. Nunca he olvidado esta conversación, y en todos los momentos difíciles de mi vida, he recordado lo que me dijo»¹³². No obstante, en un pasaje del diario leemos: «Quizá haya supervivientes entre nosotros, es necesario que el mundo sepa lo que ha ocurrido»¹³³. El papel del testigo se nos impone de nuevo y también la ineludible interrelación entre la memoria y la historia. En su escrito final el juez señala que «el registro presentado al tribunal por la embajada de Polonia (registro de las operaciones quirúrgicas realizadas en el hospital del campo de Auschwitz) fue quizá el documento más importante de este proceso; contenía cientos de inscripciones escritas manualmente por el doctor Dering, y lo escrito testificaba contra él»¹³⁴.

Adélaïde Hautval relata ante el juez y el jurado su experiencia en el Lager en términos muy cercanos a los que ya conocemos a través de su libro *Médecine et crimes contre l'humanité*. Al final de la breve y natural narración de cada uno de sus gestos de resistencia a la autoridad, Lord Gardiner le pregunta si fue castigada de algún modo, y su respuesta siempre es un no. En un determinado momento del interrogatorio, cuando se recuerda su negativa a colaborar con el profesor Clauberg, la pregunta suscita el estupor de la sala: ¿En consecuencia fue usted fusilada? El gesto de la Dra. Hautval al decir «no» hace reír a los asistentes que en seguida entienden el significado de este diálogo. El relato de su conversación con el Dr. Whirts, tras ser denunciada por

130 Ibid., p. 267.

131 En 1937 acabó los estudios de Medicina en Praga y se unió a las Brigadas Internacionales ejerciendo como médico en España durante la Guerra Civil.

132 Hill, M. M. y Williams, L. N. *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, Calmann-Lévy, París, 1971.

133 Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 96.

134 Hill, M. M. y Williams, L. N. *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, cit., p. 279.

el Dr. Samuel, conmueve especialmente al auditorio y a los periodistas¹³⁵ que seguían las sesiones del juicio, pues le dijo sin tapujos que se había negado a cooperar «porque era contrario a (su) concepción de la medicina» y, como ya hemos visto, ante la despreciativa afirmación de Wirths de que «esa gente» es muy diferente a nosotros, ella había replicado que en el campo había muchas personas diferentes a ella «empezando por él». En el juicio esta respuesta se consideró «fulminante» y Lord Gardiner apostilló que «ciertamente su recuerdo quedará fijado en la memoria de los jurados durante años»¹³⁶.

En un proceso muy distinto a este y muchos años antes, el Juicio principal de Núremberg, el nombre de Adélaïde Hautval también había sido invocado por un testigo, Marie-Claude VaillantCouturier, compañera de deportación como sabemos. En la audiencia del 28 de enero de 1946 se escuchó la voz firme de esta mujer, en respuesta a la pregunta del fiscal Charles Dubost sobre si tenía conocimiento de los experimentos practicados en Auschwitz: «Por lo que se refiere a los experimentos, he visto en el Revier, en el que estaba empleada, la fila de judías de Salónica que esperaban, delante de la sala de rayos, para la esterilización. Sé, por otro lado, que se operaba igualmente por castración en el campo de los hombres. En lo que concierne a los experimentos practicados sobre las mujeres, estuve al corriente porque mi amiga, la doctora Haïdi Hautval... trabajó durante meses en ese bloque para asistir a las enfermas, aunque ella se negó siempre a participar en los experimentos»¹³⁷.

6.2. *El milagro siempre es posible*

Así pues, también en el lugar emblemático de la condena y de la prevención del crimen contra la humanidad queda fijada la memoria de quien, en medio de terribles dudas y sufrimientos, se negó a cooperar. Es cierto que, por desgracia, «no fueron aquellos médicos que habían

mantenido intacta su conciencia humana y la vigencia de las normas éticas de su profesión los que dominaron el discurso profesional después de la derrota del nacionalsocialismo, ni mucho menos llegaron a posiciones claves»¹³⁸, pero también es verdad que las obligaciones que guiaron su actuación han prefigurado reglas y principios de atención a la salud que han ido conformando la ética médica contemporánea y la relación entre la biomedicina y la protección de los derechos humanos. De este modo, pequeñas islas de dignidad humana, como las que la Dra. Hautval representó, permanecen como elementos moralmente significativos de la historia.

Ante los nuevos signos de inhumanidad, quizá el mejor modo de rendir tributo a todo aquello por lo que Adélaïde Hautval se jugó la vida sea cumplir con el «deber de dar testimonio». La Association nationale des anciennes déportées et internées de la Résistance (ADIR), cuya misión consiste en transmitir a las generaciones futuras la memoria colectiva de la deportación de las mujeres, nos enseñó el camino a seguir: «hemos tenido la suerte de sobrevivir, debemos ser testigos», «debemos continuar siéndolo por nuestras compañeras que con su muerte nos han legado este deber»¹³⁹. Claire Ambroselli se une a esta petición afirmando que «en los espacios criminalizados en que habitamos, en estos tiempos con demasiada frecuencia amnésicos, se hace preciso escuchar la voz de quienes nos ayudan a comprender lo que es posible hacer para resistir a estas criminalidades nuevas y siempre amenazantes»¹⁴⁰. Tras la liberación, la Dra. Hautval había escrito: «Este paso de la noche a la luz no puede ser expresado con palabras. Más tarde, cuando la vida fue retomando color humano,

¹³⁵ La prensa se hizo eco de las sesiones, que despertaron el interés de la opinión pública. Diariamente apareció la crónica del juicio en *The Times*, y el *Daily Mirror* destacó el testimonio de la Dra. Hautval.

¹³⁶ Hill, M. M. y Williams, L. N., *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, cit., p. 249.

¹³⁷ Puede consultarse la transcripción completa de la declaración en: http://www.fndirp.asso.fr/wp-content/uploads/2013/03/temoignage_mc_vc_nuremberg.pdf

¹³⁸ Huhle, R. «Los médicos contra la impunidad»: <http://www.derechos.org/koaga/iii/3/huhle.html>. En 1958 la Dra. Hautval refleja su perplejidad ante el decurso de los acontecimientos: «Yo creía, nosotros creíamos, que determinadas acciones son absolutamente incompatibles con el ejercicio de la profesión médica. ¿Es una ilusión que hay que abandonar? ¿Hay que concluir que el Juramento de Hipócrates ha caído en el olvido?». Su convicción es reafirmada: «la profesión de fe sean cuales sean las circunstancias» debe seguir siendo «la inviolabilidad y la primacía de la persona humana», Hautval, A. «L'abcès Clauberg», cit, p. 2.

¹³⁹ Intervención de Geneviève de Gaulle Anthonioz en la Asamblea general de la ADIR de 26 marzo 1977, *Voix et Visages*, n° 156, marzo-abril 1977.

¹⁴⁰ Ambroselli, C. «1915-2015: ¿Cómo resistir a la inhumanidad, construir un derecho común de la humanidad y emprender acciones humanas?», ponencia del Seminario Internacional «1915-2015: Cien años de Mujeres por la Paz y la Libertad» (Valencia, del 23 al 26 de febrero de 2015).

y muy a menudo decepcionante, había que recordar el infinito privilegio de semejantes momentos y que este privilegio crea obligaciones de lucha y de fe en un milagro siempre posible»¹⁴¹.

Referencias

- Ambroselli, C. «1915-2015: ¿Cómo resistir a la inhumanidad, construir un derecho común de la humanidad y emprender acciones humanas?», ponencia del Seminario Internacional «1915-2015: Cien años de Mujeres por la Paz y la Libertad» (Valencia, del 23 al 26 de febrero de 2015).
- Ambroselli, C. *L'éthique médicale*, 3e édition corrigée, PUF, Paris, 1998.
- Ambroselli, C. *Le Comité d'éthique*, PUF, Paris, 1990.
- Arendt, H. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*, trad. de C. Ribalta, 4ª ed., Lumen, Barcelona, 2003.
- Bea, E. «Derechos y deberes. El horizonte de la responsabilidad», *Derechos y Libertades*, nº 29, 2013, pp. 53-92.
- Blázquez, F. J. (coord.), *Nazismo, Derecho, Estado*, Dykinson, Madrid, 2015.
- De Gaulle Anthonioz, G. - Tillion G. *Dialogues*, Plon, Paris, 2015.
- De Gaulle Anthonioz, G. (Intervención en la Asamblea general de la ADIR de 26 marzo 1977), *Voix et Visages*, nº 156, marzo-abril 1977.
- De Gaulle Anthonioz, G. *La Traversée de la nuit*, Éditions du Seuil, Paris, 1998.
- De Gaulle Anthonioz, G. *Le Secret de l'espérance*, Fayard / Éditions Quart Monde, Paris, 2001.
- Delbo, Ch. *Le convoi du 24 janvier*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1966.
- Durand, D. *Marie-Claude Vaillant-Couturier. Une femme engagée du PCF au procès de Nuremberg*, Balland, Paris, 2012.¹
- Esposito, R. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. trad. de A. García, Herder, Barcelona. 2009.
- Gensburger, S. *Les Justes de France. Politiques publiques de la mémoire*, Presses de Sciences Po, Paris, 2010.
- Grasselli, A. - Maletta, S. *I Giusti e la memoria del bene. Chi salva una vita, salva il mondo intero*, CUSL, Milán, 2006.
- Hautval, A. «L'abcès Clauberg», *Voix et Visages, Bulletin mensuel de l'A.D.I.R.* nº 241, septiembre de 1958, pp. 1-2.
- Hautval, A. *Contribution à la localisation de troubles psychiques postcommotionnels*. (Thèses, Université de Strasbourg, ed. Libr. Universitaire d'Alsace, 1934).
- Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité: témoignage manuscrit «Déportation»*, Actes Sud, Paris, 1991. (Prólogo de C. Ambroselli, presentación y epílogo de A. Postel-Vinay). Nueva edición: *Médecine et crimes contre l'humanité: Le refus d'un médecin, déporté à Auschwitz, de participer aux expériences médicales*, ed. du Félin, Paris, 2006, (presentación y epílogo de A. Postel-Vinay).
- Hill, M.M. - Williams, L.N. *Auschwitz en Angleterre. L'affaire Dering*, trad. de Magdeleine Paz, Calmann-Lévy, Paris, 1971.
- Huhle, R. [Publicación en línea] «Los médicos contra la impunidad», Seminario Internacional: Impunidad y sus Efectos en los Procesos Democráticos" Santiago de Chile, 14 de diciembre de 1996: <<http://www.derechos.org/koaga/iii/3/huhle.html>> [Consulta: 24/06/2016]
- Kogon, E., Langbein, H. y Rückerl, A. *Les Chambres à gaz, secret d'État* (trad. del alemán de H. Rollet, Minuit, Paris 1984).
- Lettich, A. *Trente-quatre mois dans les camps de concentration. Témoignage sur les crimes «scientifiques» commis par les médecins allemands* (Thèses, Université de Paris, Faculté de médecine, Imprimerie Union Coopérative, 1946).
- Levi, P. *Los hundidos y los salvados*, trad. de P. Gómez Bedate, Península, Barcelona, 2014.
- Moorehead, C. *Un train en hiver. Le train des femmes pour Auschwitz*, Cherche-midi, Paris, 2014.
- Penson, J. - Postey-Vinal, A. [Publicación en línea] «Un exemple de résistance dans le camp de Ravensbrück: le cas des Polonaises victimes d'expériences pseudo-

¹⁴¹ Hautval, A. *Médecine et crimes contre l'humanité*, cit., p. 69.

- médicales, 1942-1945», *Histoire@Politique. Politique, culture, société*, n° 5, mai-août 2008, <<http://www.histoire-politique.fr/documents/05/dossier/pdf/HP5-Penson-PostelVinay-def.pdf>> [Consulta: 24/06/2016]
- Pérez Triviño, J.L. «El Holocausto y la responsabilidad: altruismo limitado y dilemas trágicos», *Doxa. Cuadernos de filosofía del derecho*, n° 29, 2006, pp. 93-108.
- Postel-Vinay, A. «Soigner et exterminer: l'effroi d'un paradoxe», *Tribune Médicale*, diciembre, 1990.
- Postel-Vinay, A. *Vivre*, Grasset, París, 2015.
- Revue d'Histoire de la Shoah* «Classer/penser/exclure. De l'eugénisme à l'hygiène raciale», n° 183, julio-diciembre, 2005.
- Revue d'Histoire de la Shoah* «De l'Aktion T4 à l'Aktion 14f13 'Des vies sans valeur'», n° 199, octubre, 2013.
- Riquelme, H. [Publicación en línea], «La medicina en el Nacional Socialismo: gestiones de oposición profesional», *Polis* 13 | 2006: <<http://polis.revues.org/5481>> [Consulta: 24/06/2016]
- Santos, J. A. *Los olvidados del nacionalsocialismo. Repensar la memoria*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014.
- Sémelin, J., Andrieu, C. y Gensburger, S. (dirs.), *La résistance aux génocides. De la pluralité des actes de sauvetage*, Presses de Sciences Po, París, 2008.
- Ternon, Y. - Helman, S. *Histoire de la médecine SS*, Casterman, París, 1969.
- Ternon, Y. - Helman, S. *Le massacre des aliénés*, Casterman, París, 1971.
- Ternon, Y. - Helman, S. *Les médecins allemands et le national-socialisme*, Casterman, París, 1973.
- Ternon, Y. «Quelles limites à l'expérimentation sur l'homme? La criminalité médicale nazi en procès» en «Après Nuremberg: les autres procès du nazisme», *Cahiers de la Justice*, n° 3, 2012, p. 28 (pp. 15-32).
- Thalmann, R. [Publicación en línea] «L'oubli des femmes dans l'historiographie de la Résistance», *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, n° 1-1995: <<https://clio.revues.org/513>> [Consulta: 24/06/2016]
- Tillion, G. *Ravensbrück*, Seuil, París, 1988.
- Todorov, Tz. (dir.), *Le siècle de Germaine Tillion*, Seuil, París, 2007.
- Vaillant-Couturier, M.C. «1945. Je ne peux pas penser à la Libération sans penser à tous ceux que j'ai laissés en chemin», *Clara Magazine*, n° 118, 2010.
- Vaillant-Couturier, M.C. [Publicación en línea] (Declaración como testigo en el Juicio principal de Núremberg, audiencia del 28 de enero de 1946). La transcripción figura en: <http://www.fndirp.asso.fr/wpcontent/uploads/2013/03/temoignage_mc_vc_nu-remberg.pdf> [Consulta: 24/06/2016]